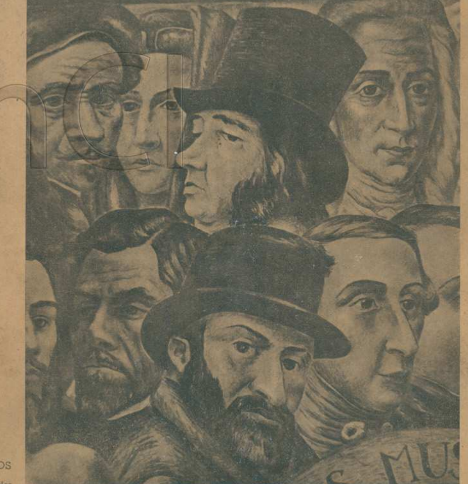
HOMBRE DE AMERICA

Nº 26

ABRIL 1945



30 CENTAVOS

0.10 dólar en el exterior

"LAS ARTES" (Pintura al fresco) de ANTONIO BERNI

CeDInCI

VOLUNTAD DEL PAIS

En casi toda América, y especialmente en Estados Unidos, frente a los acontecimientos que motivaron el no reconocimiento de nuestro país, se ha insistido en deslindar y diferenciar la política internacional del pueblo argentino con la del actual gobierno. Y esta es nítida verdad aunque la realidad parezca enturbiarla, máxime después del forzoso y circunstancial aglutinamiento de ciertos sectores populares vacilantes, en torno a la falsa política gubernativa de la defensa de la soberanía, por reacción y sugestión contra la imposición externa. Pero tal hecho no niega que se ha desoído la voluntad popular, impotente para manifestarse libremente, que es, en su inmensa mayoría, enemiga de las doctrinas totalitarias.

Debemos hoy señalar que la pasividad popular no es un hecho acaecido de golpe, ni de carácter definitivo, si han de tenerse en cuenta las fuerzas latientes de y por la libertad, que forman el flujo vital, lo íntimo y consubstancial del pueblo argentino; ni es menos condición propia del mismo, obedeciendo en cambio a un largo y doloroso proceso que atraviesa por igual la política electoral de "causa" o de "régimen" de los dos grandes partidos, radical y conservador, que se turnaron en el poder, y que, después de una tregua de sufragio universal relativamente nominal que abarca el período 1914-28, se fué agudizando al penetrar en los tres últimos lustros a partir de la revolución de 1930. Entonces se extrema el caos de los crecientes fraudes y negociados políticos, de las conculcaciones cívicas, de todo un sistema represivo prolongado por el estado de sitio, que ha conducido por vías tortuosas al sentimiento cívico popular argentino, postrándolo, presa de un agudísimo resentimiento moral, sin fe en los postulados y programas de los partidos políticos que lo engañaron y envilecieron.

Tal estado de laxitud ha ido provocando un escepticismo transitorio hacia un posible cambio en la fisonomía política del país, con vistas a la superación del régimen, hacia una democracia orgánica, social y progresiva, desligada de todos los vicios inherentes al proceso que a grandes rasgos aquí enjuiciamos.

La larguísima experiencia de levantamientos, asonadas, golpes de estado, mal llamadas revoluciones que nada modificaron, han dejado siempre en las estructuras constitucionales de toda América (remedos europeos artificialmente trasplantados sin raíz étnica e histórica en estos nuevos países), un saldo totalmente negativo, infructuoso para la reconquista de los usurpados derechos populares. En su totalidad, los regímenes dictatoriales se han ido apuntalando en el clericalismo, en las rivales ambiciones de jefes armados, y en doctrinas realmente exóticas para la modalidad ínsita de los países americanos, cuyo origen común de libertad en sus gestas emancipadoras se fué desnaturalizando por tiranos y dictadores en el decurso histórico-social.

Los vicios provienen de lejos; desde la formación misma de la nación no se ha tenido en cuenta la vital estructura somática de nuestro pueblo, que luchó en defensa de las autonomías comunales y provinciales, por el federalismo político, y en el orden continental por la verdadera unidad americana, la que surge de una confederación de naciones hermanas por el vínculo directo de sus pueblos. Desde los albores de la independencia argentina ya existía una incipiente democracia orgánica, al igual que en todos los países de América, pero se atrofió su evolución posterior, por obra de los serviles imitadores del estatismo europeo que en la hora caótica de la reorganización nacional copiaron aquellos viciosos moldes con vicios multiplicados en manos inexpertas. Frente a la realidad de hoy, de ningún modo pueden extirparse errores pasados persistiendo en los mismos, y es absurdo obrar manu militari, ya que sólo podrán eliminarse los errores trastocando fundamentalmente la vida social en todos sus aspectos, recuperando en primer término el país su característica civil más neta y definida.

¿Cuál es la posible rápida salida a la crisis institucional que nos aqueja? Es preciso referirse a ambos órdenes: interno y externo. En el orden interno, el país, es decir el pueblo, sufre de inhibición para actuar libremente en la prensa y en la calle, para lograr el pleno ejercicio de sus derechos y de sus deberes. ¿En qué condiciones puede entonces ejercerse esa soberanía nacional de que hacemos gala en nuestras declaraciones para el mundo internacional? Nos jactamos de ser un pueblo orgulloso de su soberanía, pero una soberanía que no está en manos del pueblo no puede denominarse tal, siendo una parodia absurda y cruel. Solamente en la soberanía popular, firme y libremente desenvuelta, reside la auténtica autodeterminación de un país, es decir la administración directa de la cosa pública, de toda la vida política-económica social de una nación, por los organismos emanados directamente de la voluntad colectiva. Hay que recobrar, para bien del país y de sus relaciones internacionales, esa auténtica soberanía, que no es absoluta y exclusivista, que respeta en pié de igualdad todas las demás soberanías existentes, coexistentes, solidarias. Es menester apartarnos de los estrechos nacionalismos, que endiosan a un pueblo y denigran a los otros, que se cierran en sus fronteras, que en el orden económico buscan la autarcia, ridícula en pueblos pequeños, y criminal en los países grandes que absorben a los pequeños bajo su hegemonía.

No se trata entonces, ante la situación vacilante del pueblo argentino, de pretender que naciones foráneas solucionen nuestros problemas internos (por lo demás imposible, ya que, para "reconocernos" como gobierno, de nada les interesa cómo vivimos en casa, sino cómo nos portamos fuera de casa); ni tampoco se trata de prestar oídos sordos a una crítica mal encaminada que identifica pueblo y gobierno, inclinando al primero hacia el segundo sin aprobarlo, por gracia errónea de una política que haría abstracción de toda anomalía interna por gravísima que fuera, siempre que el país firmara sus compromisos diplomáticos con sus vecinos del continente. Esto nos recuerda a aquella persona "honrada" que rendía culto a las reglas de urbanidad y cortesía, todo un pulcro caballero para quién era un honor cumplir sus compromisos, y en llegando a sus lares, mansión de corte feudal, recuperaba su condición despótica, echaba por la borda sus buenos modales, y a su alrededor, sirvientes y familiares eran esclavos manejados por el látigo.

Bolivia, Perú, Brasil y otras repúblicas americanas mantienen regímenes netamente totalitarios, y sin embargo, al suscribir las declaraciones de guerra contra el Eje para beneficiarse del "préstamo y arriendo" y de la ayuda económica de transición y postguerra, merced a los amplios y fecundos acuerdos de las convenciones panamericanas, han sido reconocidos sin mengua alguna de sus opresiones internas, en el orden internacional, por las naciones que luchan contra el totalitarismo. ¿Debemos hoy nosotros preguntar si al declarar la Argentina la guerra al Eje, y conservando la situación interna tal como está, deja de ser por ello non grata a las naciones unidas? ¿Puede el país no considerarse ya para el exterior como "soberanía humillada" sin tener en cuenta si en lo interno persiste siendo pueblo humillado sin soberanía? ¿No debe suponerse que la posición internacional reaccionaria de un país es el producto lógico de una política interna también reaccionaria, y lo contrario es una irrisión?

Por suerte ningún país escapará después de esta atroz guerra al influjo poderosísimo de las corrientes renovadoras que abarcarán el mundo entero. Se ha repetido en toda forma durante estos cinco largos años de escepticismo frente al caos universal, una frase optimista: el mundo está en revolución. Había antes de la guerra, en el ánimo popular, un profundo deseo de transformación social. Por contenerlo a todo trance, el capitalismo en crisis incubó el fascismo —ese eclipse cultural y ético, al decir de Oda Olberg—, y la guerra sobrevino. Pero este lustro de estupor no podrá detener la necesidad ineludible, incontenible, de transformación social que buscan los pueblos, en una paz duradera, que sólo será posible si el capitalismo no quiere resurgir de sus cenizas.

Es una incógnita saber si Europa no volverá a separarse por barreras aduaneras, y por otras más hondas aún, las étnicas e idiomáticas, las culturas nacionales estrechísimas, enemigas entre sí. América, siendo una en el lenguaje y en su etnos, si no ha alcanzado una conciencia continental madura, la está formando en sus anhelos de crear una comunidad de pueblos si es que estos le dan directamente su apoyo y sus voluntades.

Dentro de esa unidad en formación, la Argentina debe ser una parte que busca identificarse con el todo. Una parte libre en un todo libre. Adormecido hoy, más no inerte, el pueblo argentino despertará a la realidad de luchas y esperanzas por un mundo mejor. Por propia gravitación, junto a los demás países de América, forjará su nuevo destino. Tenemos confianza en las nuevas generaciones, y toca a ellas prepararlo. Horas de intensa angustia han vivido, una enorme incertidumbre cubría sus sueños juveniles, y quizá pareciales que nada nuevo podría ya hacerse sobre la faz del mundo. Pero ahora que la angustia se disipa, una gran fuerza psicológica animará a las juventudes que han visto a otras generaciones ya adultas con la amargura de sus sueños muertos.

La juventud de hoy será más que nunca la fuerza actuante de la historia, la pulsación del porvenir. Sin dejar de mirar al mundo y a Europa, miremos a América. Sin dejar de mirar a América, miremos a la Argentina. En los jóvenes de hoy está, no ya en germen, sino en creciente desarrollo, la voluntad de creación de un nuevo país, libre y solidario por dentro y por fuera. Que los jóvenes comprendan estos dos problemas fundamentales de la solidaridad y la libertad, impregnando de justicia sus fervientes esperanzas; que piensen que sin libertad creadora en el seno del pueblo no puede haber solidaridad fecunda con los demás pueblos vecinos. Retomen, pues, los jóvenes, la línea de continuidad histórica revolucionaria, hoy aparentemente paralizada y obstruída, de los movimientos emancipadores, y luchen por la reivindicación del federalismo más integral posible, por la autonomía de los municipios y de las provincias, por los derechos civiles y populares, por la defensa de las conquistas de las masas laboriosas, por una universidad sin trabas, por una enseñanza sin dogmas, por una organización racional de la economía sin contraste de urbe macrocéfala y territorios raquíticos, por un nuevo régimen institucional que esté realmente regido por la voluntad del pueblo.

Se escalonan en la lucha social y política del país varias generaciones ejemplares, fermentos de la época en que les tocó actuar; la de 1806-1810; la de 1853, la de 1890; la de 1910; la del 18, que vinculó a la Universidad con los ideales sociales; la de 1925 y la de 1932. Cada generación tuvo sus problemas, aspectos de un mismo y único problema siempre urgente y no alcanzado todavía: la liberación social del pueblo argentino. Toca a la generación de 1945, que ha vivido una experiencia dolorosa, repercusión de la gran crisis mundial que trastornó sistemas y doctrinas, asumir la grave responsabilidad de la hora. Hay síntomas de efervescencia en todos los ambientes, en las filas universitarias que quieren el saneamiento definitivo de la Universidad, en las filas obreras que repudian todo intento de corporativismo sindical, en todo el conglomerado popular en fin, y esos síntomas deben canalizarse hacia una lucha social más directa. La voluntad del país está en las manos y en el espíritu de esta nueva generación. Para élla vale el inciso 12 de la declaración de Méjico, referido al "hombre americano". Copartícipe con la comunidad de los pueblos de América, el pueblo argentino "no concibe vivir sin justicia; tampoco concibe vivir sin libertad".

En torno a la CARTA ECONOMICA DE AMERICA

Son pocos los economistas auténticos que, conocedores de los recursos de la ciencia y la técnica modernas, no sostienen que la miseria de las grandes masas es ya un contrasentido desde el punto de vista económico y un grave pecado desde el punto de vista moral. La guerra ha venido a probar que la capacidad humana para crear riquezas no tiene límites visibles y que lo que hace un par de decenios podía tener el aire de una balandronada, que se llegaría al momento en que habría que preocuparse más del problema del consumo que del problema de la producción, ahora está al alcance de la comprensión común. Se ha llegado en la línea de la producción más allá que en la del desarrollo de la capacidad de consumo, y eso sólo entraña toda una vasta revolución. El plan Beveridge es uno de los tantos frutos de esa nueva orientación mental y moral.

Al terminar la segunda guerra mundial del siglo, el mundo, como totalidad, no se ha empobrecido en su capacidad productiva, sino en sus posibilidades financieras como mercado; el esfuerzo bélico ha desarrollado algunos países como los Estados Unidos, en tal forma, que sólo su equipo industrial y su marina mercante pueden abastecer de productos manufacturados a todos los continentes; también Gran Bretaña es hoy más rica y dispone de una mayor capacidad de producción agrícola e industrial que en 1939, sin contar la rápida recuperación de la Unión Soviética. Muchos países de Europa volverán en muy poco tiempo a ocupar su puesto en la producción industrial, como Francia, Bélgica, parte de Alemania, Dinamarca, etc., etc. Se agravará entonces el drama de la superproducción y la necesidad de encontrar mercados se volverá imperiosa. Ahora bien, no hay mercados rentables de consumo más que allí donde los ingresos de las grandes masas son relativamente elevados. No son consumidores hoy más que los que disponen de recursos para adquirir los artículos que se ofrecen en el mercado. Los Estados Unidos hicieron una larga y elocuente experiencia en ese sentido cuando el presidente Roosevelt y su equipo audaz resolvieron aumentar las posibilidades de los consumidores como garantía de prosperidad para los productores. El *New Deal*, el sello de la nueva política ante una gravísima crisis, ofrece materia de estudio y de reflexión para todos cuantos se interesen por los destinos de la mayor parte de la humanidad, representa la lección máxima de las tendencias de la moderna economía en el campo de la política práctica. Hemos intentado reflejar el significado de esa experiencia fecunda en un trabajo reciente (*El pensamiento político de Roosevelt*; Jacinto Torhyo, editor, Buenos Aires, 1944), con el deseo de que no pasara inadvertida su trascendencia histórica para muchos amigos habituados a un criticismo negativo y estéril.

Al examinar el potencial económico del continente americano, luego, hemos podido comprobar cuán ilusoria y vana es todavía la unidad en el hemisferio occidental, donde el desnivel económico, cultural y social es tan grande que levanta barreras infranqueables entre los diversos pueblos y aun entre regiones y regiones del mismo país (véase nuestros *Fundamentos de la geografía económica de América*, editorial Americalee, 1945). Para hacer efectiva la corriente panamericana, señalada como un ideal por Simón Bolívar, era imprescindible una labor que acercase a los pueblos que habitan el continente a un cierto nivel económico mínimo, y eso implicaba toda una remoción de trabas políticas, de nacionalismos peligrosos y anacrónicos, sobre los cuales se asentaron las más absurdas barreras aduaneras, los proteccionismos más dañinos. Penosa y difícil tarea para las nuevas generaciones americanas, de la que se advierten síntomas múltiples, como la tendencia a una reagrupación de las repúblicas de Centroamérica, de que se hizo eco Arévalo en Guatemala, a la nueva armonía de la Gran Colombia bolivariana, a que aludió en algunas ocasiones Velasco Ibarra en el Ecuador... Y aun faltan quienes hagan resurgir el pensamiento de San Martín de una República del Plata que comprenda una buena parte de la porción meridional del continente. Por más que todos estos esfuerzos parciales, retardados en demasía, pueden ser ya relativamente estériles ante los progresos de la economía mundial que imponen regulaciones por lo menos continentales.

En los Estados Unidos, con la experiencia hecha desde 1933, y con la previsión de las exigencias futuras de su intercambio con el resto del mundo, se ven con mayor claridad que en otras partes estos problemas y ya no es un misterio para nadie allí que la prosperidad de la industria norteamericana necesita la coprosperidad del resto del continente y del mundo, pues no dispondrá de mercados en países empobrecidos, sin base económica firme. Para que la poderosa industria de la Unión mantenga su ritmo y para que no vuelva a darse el espectáculo de quince millones de obreros sin trabajo, es preciso que cien millones de sudamericanos sean buenos clientes y buenos vecinos y que ochocientos millones de asiáticos se hallen en condiciones de adquirir productos manufacturados norteamericanos. Eso supone que han de pagarse buenos precios por los productos agrícolas y ganaderos y por los minerales y otras materias primas que América del Sur o que Asia puedan dar, pues esos altos precios, traducidos en más altos salarios, ofrecerán una base para ensanchar el mercado de consumo, vital para la industria del tío Sam.

Puede ocurrir que no sea todo hecho de filantropía, de ética humana; supongamos que se trate solamente de cálculo económico estricto. Pero en ese cálculo económico entra la conveniencia mutua de los participantes, porque si por un lado se busca un ensanchamiento de los mercados futuros, por el otro se sabe que ese ensanchamiento es imposible sin un previo aumento de la capacidad adquisitiva de las grandes masas, aumento al cual se llega por mayores salarios, mayor confort, mayor cultura.

La Carta económica de América presentada por los delegados de los Estados Unidos a la conferencia interamericana de Chapultepec (febrero de 1945) es un documento que refleja la orientación de la nueva economía, la economía de la abundancia, según la expresión de Stuart Chase. Contiene principios que no deben ser pasados por alto o ignorados. Algunos núcleos industriales que viven del proteccionismo nacionalista, clamaron al cielo y la Carta económica tuvo que ser sometida a algunas amputaciones, aunque ha sido aprobada, sin embargo, con el espíritu de sus autores. De todas las resoluciones de Chapultepec, etapa preliminar para la conferencia mundial de San Francisco, aunque importantísimas por la vuelta a los grandes principios en que se cimentó la independencia de América (Declaración de la independencia de 1776, redactada por Jefferson, Declaración de los derechos del hombre de 1791, obra de la Convención francesa) y que parecían borrados hasta del lenguaje ordinario por la oleada totalitaria mundial, la Carta económica es una novedad entre los documentos de Estado, y apenas habían sido tocados sus principios básicos en algunos congresos obreros y socialistas, cuando esos congresos estaban todavía animados por cierto soplo auténticamente internacional.

Proclama la Carta:

"La aspiración económica fundamental de los pueblos de América, lo mismo que de todos los pueblos del mundo entero, es poder ejercitar con eficiencia su derecho natural de vivir decentemente, y trabajar y cambiar productos beneficiosamente en paz y con seguridad... Todos los actos y la política de los gobiernos en materia económica deben tender a facilitar las condiciones dentro de las cuales esto pueda ser posible"...

El programa económico positivo a realizar, pues, se concreta en elevar los niveles de vida y la libertad económica, lo cual alentará la producción y el empleo total de los recursos humanos. Para elevar el nivel de vida hace falta cooperar al logro de la seguridad, de la libertad y de oportunidades para desarrollar las fuentes eficientes agrícolas e industriales, con procedimientos modernos que aumenten la producción por unidad de trabajo. "El trabajo debe ser productivo si la producción se concentra en aquellas cosas en que la naturaleza sea más pródiga y si está basado en técnicas avanzadas". Esto quiere decir que no se debe tomar el camino de las industrializaciones arbitrarias, con pruritos autárcicos, y con equipos anticuados, sino que cada cual debe dedicarse a aquellas tareas en las que puede sobresalir gracias a los dones de la naturaleza. Por ejemplo, sería contraproducente que el Paraguay se empeñase en montar industrias metalúrgicas para competir con las de Pittsburgh, Chicago o Detroit, porque sólo podrían sostenerse con ayuda de una fuerte protección aduanera; en cambio podría desarrollar la industria del tanino, por ejemplo, para la cual dispone de materia prima abundante y barata, y no necesitaría ser defendida contra la competencia norteamericana.

"La fortaleza económica de las Américas, basada en la elevación de los niveles de vida y libertad económica, lograda por medio de la cooperación para ofrecer un sentimiento de seguridad y libertad de oportunidades, constituirá el faro de la esperanza del mundo"...

Después de sentar las bases de una colaboración para la movilización de los recursos económicos y humanos hasta el logro de la victoria total, y después de buscar la aplicación de esa colaboración en el tránsito de la actual economía de guerra a las condiciones de paz, las Américas consideran bases constructivas para su desarrollo económico sólido: el aumento de la industrialización, el perfeccionamiento de los transportes, la modernización de la agricultura, el desarrollo de las facilidades de fuerza motriz y obras públicas, el aliento a la inversión de capitales privados, la capacidad directiva y la habilidad técnica, la mejoría del nivel y de las condiciones de trabajo, la contratación colectiva de medidas conducentes a elevar el nivel de vida y a aumentar la capacidad adquisitiva.

Todo ello supone la adopción de ciertos principios básicos, que son expuestos del siguiente modo:

"Dirigir la política económica de las repúblicas de América hacia la creación de condiciones que auspicien por medio de la expansión del comercio interior y exterior y las inversiones, el logro en todas partes de altos niveles de ingresos, empleo y consumo, libres de fluctuaciones excesivas, con objeto de que sus pueblos puedan alimentarse, albergarse y vestirse adecuadamente y tener acceso a los servicios necesarios de salubridad, educación y bienestar, y disfrutar la recompensa de su trabajo en dignidad y libertad.

"Cooperar con otras naciones para hacer posible, por medio de la eliminación de las distintas formas de discriminación existentes, y evitar nuevas formas de discriminación, el disfrute por todas las naciones al acceso sobre bases de igualdad, al comercio y materias primas del mundo, de acuerdo con los principios de la Carta del Atlántico.

"Consultarse entre ellas, cuanto antes y con otras naciones, para encontrar las bases para medidas cooperativas eficientes y prácticas para reducir barreras de toda clase y auspiciar la acción cooperativa y adoptar en otros aspectos, especialmente la estabilización de los cambios e inversiones internacionales.

"Procurar la acción rápida acordada por los gobiernos para evitar estas prácticas por "carteles" o por medio de otras instituciones privadas que obstruyen el comercio internacional, entorpecen la competencia y son obstáculos para la máxima eficiente producción y precios de competencia verdaderos para los consumidores.

"Con objeto de que la colaboración internacional sea real y efectiva, trabajar para eliminar el nacionalismo económico en todas sus formas.

"Actuar individual y conjuntamente con cada una de las demás naciones, por medio de tratados, acuerdos ejecutivos u otros acuerdos para asegurar el trato justo y equitativo a los obreros especializados y al capital traído de una nación a otra.

"Como pasos positivos a la colaboración internacional para la estabilización monetaria y el desarrollo de las fuentes productivas, auspiciar la acción rápida por sus gobiernos con vista a poner en funcionamiento el fondo internacional monetario y banco internacional para la reconstrucción y fomento (acuerdos de Bretton Woods) y organización de los alimentos y de la agricultura de las naciones unidas. (Acuerdos Hotsprings).

"Desarrollar el sistema de empresas privadas en la producción que

ha caracterizado el desarrollo económico de las repúblicas americanas, dar pasos pertinentes para asegurar y alentar a las empresas privadas y eliminar, hasta donde sea posible, los obstáculos que retardan o entorpecen el crecimiento económico y el desarrollo, y abstenerse de establecer empresas nacionales para dedicarlas al comercio.

"Disponer, en los casos excepcionales en que se produzca una superproducción de importantes y principales artículos de consumo, o amenace producirse, medidas apropiadas para la solución de tales problemas, por acuerdos nacionales e internacionales, entre naciones compradoras y consumidoras, con vistas a la ampliación del consumo y reajuste de la producción con debida consideración a los intereses de los consumidores y productores y a los requisitos de la expansión económica mundial.

"Dar pasos apropiados para asegurar a los obreros de las repúblicas americanas, condiciones para el desarrollo progresivo económico, y la realización de los objetivos expuestos en la declaración de Filadelfia adoptada por la Oficina Internacional del Trabajo."

No es un programa socialista, efectivamente; es, al contrario, lo que ofrece un capitalismo inteligente, emprendedor, partidario de la libre iniciativa, para mostrar hasta qué punto el sistema vigente puede alcanzar una relativa holgura y aumentar el nivel de vida de los pueblos en tal forma que haga menos apremiantes los imperativos de un cambio social profundo del régimen de la propiedad. Es el *New Deal* en el plano internacional, un programa de realizaciones constructivas que puede chocar tanto con intereses de núcleos financieros e industriales dirigentes como con intereses sociales diversos. No cierra el camino a nuevos desarrollos, pero se cuadra frente a las aspiraciones de las camarillas poderosas y a los anhelos totalitarios y dictatoriales de partido o de clase; busca un vasto campo de acción para todas las iniciativas, y una existencia decente para todos.

Se pueden hacer a la Carta económica de América los mismos reparos que se han hecho al *New Deal* en los Estados Unidos, pero el *New Deal* ha hecho la prueba y ha dado soluciones cuando las soluciones dentro del régimen capitalista parecían dudosas. En un momento en que desde tantos sectores se había erigido el Estado en providencia suprema, y en que hasta desde las filas del socialismo se le idolatraba como omnipotente dispensador de todo bien, el *New Deal* estimuló la obra del hombre y cifró su victoria en la cooperación más amplia posible por encima de prejuicios de casta, de clase, de religión y de raza.

Y por sobre todas las cosas, la Carta económica de América deja sentado que no hay, en materia económica, ni en los países ricos en equipo industrial o en materias primas, ni en los países pobres, soluciones nacionales. Si fuésemos americanos, si no tuviésemos que mirar inactivamente los toros desde la barrera, lucharíamos por todos los medios para que los problemas del propio país se fundieran de modo íntimo con los problemas del continente, para hallar juntos una salida práctica y segura. Las economías nacionales son a estas alturas tan anacrónicas como los métodos de trabajo de los esclavos faraónicos; son los últimos refugios de las ideologías totalitarias y de la miopía y la ineptitud del viejo capitalismo.

Stetinius decía en Chapultepec: "Reconocemos que todas las naciones son interdependientes y que ninguna puede lograr por sí sola la paz y la prosperidad".

DIEGO ABAD DE SANTILLAN

UN LIBRO DE BERTRAND RUSSELL

"Panorama Científico"

Han desaparecido del mercado de libros la casi totalidad de los escritos de Bertrand Russell, el gran filósofo y matemático inglés, llamado con razón "filósofo de la libertad". Es de lamentar la escasez de sus obras, que debieran ser leídas atentamente por las nuevas generaciones. A la profundidad de pensamiento, se une en Bertrand Russell una extraordinaria amplitud de conocimientos, belleza de estilo y armonía de lógica y concepciones. Pero mucho más brillo adquiere en el autor citado, el hondo y sentido humanismo, que alientan un sublime ideal universal.

Enumeramos algunas obras traducidas al castellano: "Vieja y Nueva Moral Sexual", "Los Caminos de la Libertad", "Libertad y Organización", "La Educación y el Orden Social", "La Conquista de la Felicidad", "Los problemas de la Filosofía", "El A. B. C. de la Relatividad", "El Poder en los Hombres y en los Pueblos", "Panorama Científico", etc. Es conocido, además, por sus numerosos escritos breves, sus obras de pedagogía, siendo, por otra parte, uno de los más profundos en logística matemática, materia acerca de la cual ha dejado monumentos imperecederos. Su posición durante la guerra 1914-18 le valió persecuciones en su propio país, pues entonces era pacifista intransigente; pero el avance del totalitarismo y el resurgir de la brutalidad e intolerancia, hizo que frente a los acontecimientos, variara de actitud y propiciara aun antes de estallar la guerra en 1939, una acción enérgica contra las tentativas de dominación mundial totalitaria.

Nos proponemos llamar la atención acerca de la tesis sostenida en "Panorama Científico", cuya lectura en estos momentos de confusión y vandalismo mundial induciría a reflexionar acerca de las consecuencias funestas de actitudes parciales, intolerantes por parte de los Estados, organizaciones y conglomerados humanos.

"Panorama Científico" es un libro de síntesis admirable y de un fondo de humana lógica pocas veces lograda. Hace notar B. Russell, al comenzar, que la ciencia ha introducido modificaciones sustanciales en el concepto de la materia, haciendo desaparecer el dualismo clásico de materia y energía. La materia se reduce en último extremo a vibraciones sujetas a una ley de estadística causal.

Analizando el método científico iniciado fundamentalmente por Galileo, señala la extraordinaria fecundidad del método inductivo-deductivo, que permitió todos los descubrimientos, por una encadenación de hechos particulares y generales, que condujeron a los enunciados teóricos de leyes, comprobadas y aquilatadas en su aplicación a fenómenos distintos de aquéllos que les dieron origen.

Tres personas simbolizan la ciencia: Galileo, Newton y Pavlov. Luego Einstein. El primero combativo y audaz, actuando en ambientes hostiles, que sólo se retracta, ya viejo y enfermo, ante el Santo Oficio; no obstante, sus doctrinas han sido sembradas ya, en terreno fértil. Circunspecto y preciso el segundo, que espera 22 años sin atreverse a enunciar la teoría fundamental de la gravitación (Principiae), pues ciertas comprobaciones experimentales parecían contradecirla y sólo después de mucho tiempo y experiencias decide dar a luz sus geniales concepciones. Perseverante y original el tercero, quien se dedica a multiplicar sus experiencias, sin adelantar hipótesis generales. En este último caso, Russell se refiere en detalle al estudio de la corteza cerebral y analiza las diferencias en las escuelas de Pavlov y Freud. Cree que los reflejos condicionados y los complejos son ambos facetas de una sola realidad y enumera una serie de casos donde son aplicables uno u otro concepto.

Expuestas las concepciones teóricas de los investigadores, el autor de "Panorama Científico" se dedica de lleno a puntualizar las derivaciones técnicas de las mismas y sus posibilidades futuras en todos los órdenes de la vida humana y en el medio en que ésta se desenvuelve. La desaparición de 100.000 científicos y técnicos del mundo, podría conducir nuevamente a la humanidad a sus épocas de primitivismo. La técnica ha modificado la naturaleza del suelo, el curso de los ríos, la vegetación y fauna y las características generales del mundo. La técnica tiende a crear, de acuerdo a planes generales, inclusio tipos de sociedades humanas. El técnico es, por naturaleza de su ocupación y temperamento, un ser que elabora planes de ejecución. Vastas y grandiosas creaciones son desarrolladas y cada día se afirma más el deseo de ampliar el radio de acción de la técnica a las sociedades humanas. Existe una técnica de Estado, que pretende prever y disponer de todos sus elementos de acuerdo a un plan general. Bertrand Russell pone de relieve la cantidad extraordinaria de elementos de los cuales puede disponer un gobierno mediante la aplicación de los adelantos mecánicos, químicos, biológicos y psicoanalíticos y los que la física pone a su alcance, bien coordinados. Es tendencia del Estado inmiscuirse cada vez más en todas las cuestiones. Existen razones en pro y muchas más en contra de esta tendencia, pero el hecho es indudable.

La aplicación de todas las posibilidades que ofrece la mecánica permitirá la organización de formidables equipos de control. Los gobernantes estarán en condiciones de aplastar todo intento de oposición popular y prevenir eventualidades. Dominada la situación en sus faces iniciales, los gobiernos técnicos se darían a la tarea de desarrollar sus planes sociales sin descuidar detalle. Aniquilados físicamente los opositores, se trataría de moldear a las grandes masas, aprovechando todos los medios de conformación psicológica: desde la radio, el teatro, la escuela, el cuartel, los lugares de expansión, como métodos persuasivos, hasta los procedimientos de crueldad inaudita para provocar el terror. Los reflejos condicionados socialmente, serían reforzados por una buena dosis de acción sobre el subconsciente por especialistas en conocimiento de las multitudes. El gobierno cuidaría especialmente el aspecto eugenésico de acuerdo a sus intereses de dominación de la sociedad. Sólo padres y madres "sanos", "científicamente" proporcionados y "espiritualmente" examinados desde su punto de vista, podrían tener hijos bajo el control del Estado, que vigilaría atentamente a la madre durante el embarazo y al niño una vez nacido. Ningún detalle sería omitido: la alimentación, distracciones, amistades y pensamientos de la madre y los actos de las criaturas. Probablemente, a través de una selección evolutiva, serían pocas las mujeres y hombres autorizados a reproducir la especie, llegando éstos a tener esta exclusiva función en la sociedad futura para desempeñar el papel de buenos reproductores, algo así como una buena ponedora o un buen toro. Poco a poco el tipo de sociedad se iría definiendo y tomando características ya previstas por Comte. Por un lado la casta de jefes y por otro las grandes masas populares obedientes y sumisas. Estas vivirán tranquilamente, sin inquietudes; no les faltará alimentación sana y vivienda cómoda; sus distracciones consistirán en juegos inocentes y creencias fáciles; el estado psicológico derivaría de una especie de beatitud permanente y estupidizada. Atentamente vigiladas las masas y los individuos, se aniquilaría prontamente aquel que demostrara inquietudes y abandonara la actitud superficial de la generación. Ya existen, dice B. Russell, estos intentos de organización técnica del Estado y los respectivos pueblos estupidizados que, no obstante, cuentan con obreros especializados. Tal ha sucedido en el Japón, donde en sólo 100 años, una casta dirigente logró a la vez que un desarrollo industrial potente, la implantación de una religión a todas luces irracional; en Rusia está sucediendo algo parecido en nombre de un ideal muy hermoso, pero que permite a la burocracia soviética ventajas de todo orden material y una intolerancia y brutalidad sólo superada por el nazismo alemán, que se ha hecho otro tanto en torno a un mito racial. La dominación inglesa en la India, a cuyos habitantes se les enseña que la metrópoli es la cuna de la libertad de los pueblos, sin permitirles a ellos esa misma libertad, es otro caso sugerente.

"Panorama Científico" fué traducido al castellano más o menos en 1930. Ya entonces Russell, al analizar la situación mundial previó con intuición genial, que la guerra estallaría en 1940. Las consecuencias de la misma, decía B. Russell, serían terribles. El hambre, las pestes, la desorganización y confusión reinantes, solamente podrían ser afrontadas por los Estados Unidos de Norte América. Para evitar futuras guerras, agregaba, se llegaría a la organización de un gobierno internacional único integrado por técnicos estadistas. Esto llevaría a la planificación de la producción mundial, estableciéndose zonas de producción para cada país, de acuerdo a sus características naturales: madera en Finlandia, ganadería y agricultura en la Argentina, café y caucho en Brasil e islas de Asia y Oceanía, petróleo en Irán, Rumania, etc., y así sucesivamente. Centralizaciones industriales enormemente controladas. Planes y más planes, que permitirían llegar al tipo de sociedad descrita anteriormente. La división entre técnicos y gobernados se acentuará, dando lugar a un poder jamás igualado en la historia.

Finalmente, la casta dirigente caería, como en la antigua Roma, en orgías de sadismo científico, que provocaría el derrumbe de la sociedad. Y esta previsión dice Russel, es aun más halagüeña, pues sobre las ruinas podrían surgir otras formas sociales más en consonancia con la naturaleza e inquietud humanas.

Lo más probable fuera que la prudencia de la casta dirigente mantuviese permanentemente este tipo de colmena humana, que subleva las más íntimas fibras sensibles de los hombres que piensan, sienten y anhelan libertad, justicia e igualdad, dentro de las complejas condiciones que representa el hombre y la humanidad. B. Russell termina su obra llamando a la reflexión. Existen, dice, en la Humanidad valores morales y espirituales, capaces de desviar y contener la corriente en la cual somos arrastrados. Aun se puede desviar el curso de los acontecimientos y estructurar regímenes sociales dignos y elevados, sin necesidad de dividir a los hombres en castas. En lo íntimo del ser humano vibran misteriosos efluvios de perfección y grandeza. Esta llama inmortal, como la denominara Wells, debe determinar el destino de los seres humanos y tender a algo más hermoso y más complejo. La perfección mecánica de la colmena no nos seduce y debe provocar una reacción que nos aleje del abismo en el cual estamos en peligro de caer.

JOSE GRINFELD

LA CONFERENCIA DE CHAPULTEPEC

Palabras del Canciller EZEQUIEL PADILLA

¿Qué espera América de esta conferencia? Espera ante todo resoluciones prácticas que alivien la miseria, el abandono y la indiferencia en que se hallan sumidas gran parte de nuestras masas; resoluciones que satisfagan las ansias de todos nuestros pueblos de seguridad permanente y paz basada en la justicia. Si terminamos esta asamblea más unidos que nunca será porque supimos cómo ennoblecer nuestra solidaridad en la guerra —que ha sido consagrada por la devoción a la libertad y por la resolución de nuestros pueblos— y porque la hicimos trascender en solidaridad para la paz futura.

.. ..

Toda la humanidad expresa sus fervientes deseos de que haya una organización permanente de paz que no se establezca como un episodio del poder, ni como regresión al desacreditado sistema de alianzas y equilibrios del poder, cuya completa ineficacia, tantas veces en el curso de la historia, ha sumergido la vida internacional en un diluvio de sangre, sino como verdadera expresión de solidaridad humana, de responsabilidad proporcional, de ansia de justicia de todos los pueblos, grandes y pequeños. En esta asamblea debemos dedicarnos a la defensa de la dignidad humana, como el mejor tributo a quienes murieron y a quienes morirán por ella.

.. ..

La unidad sustancial de las naciones americanas debe encontrarse en el apoyo recíproco de sus energías y en la comunidad de sus destinos, en esa coordinación de fuerzas que se complementan entre sí y que no se funden en lo que sería una "standardización" lamentable y la más desgraciada de todas.

.. ..

Debe cancelarse definitivamente la coexistencia de los pueblos libres y prósperos con los pueblos prósperos y esclavizados.

.. ..

A nuestra lucha contra las castas militaristas, contra los gobiernos que eran enemigos de la libertad, se la ha llamado lucha por la democracia. Sus postulados han exigido que las naciones enteras se sacrificaran en una guerra más devastadora de todas las de la humanidad. Ahora debemos preguntarnos: ¿Si millones de hombres han sabido morir por la libertad, no debemos saber nosotros cómo vivir para ella y para defenderla?

En la imposibilidad de considerar en detalle el desarrollo y los resultados de la Conferencia Interamericana sobre Problemas de Guerra y de Paz, realizada recientemente en Méjico, procuraremos analizar algunos aspectos que han tenido una gravitación decisiva y han determinado que muchos acuerdos adquiriesen la importancia extraordinaria que sin duda revisten.

A nuestro juicio —haciendo expresa excepción de los problemas de carácter económico considerados— estos hechos fundamentales son:

a) La responsabilidad e ingerencia que han asumido los Estados Unidos con respecto de todos los problemas de orden mundial.
b) Los acuerdos previos de la Conferencia de Yalta.
c) La situación en que se procura colocar al Brasil dentro del continente americano.
d) El aislamiento anterior del gobierno argentino.
e) La posición asumida por Méjico y otras naciones, desde la sesión inaugural.

Profundamente vinculados entre sí, todos estos hechos nos orientarán en nuestra tentativa de extraer algunas conclusiones más precisas que las que pueden lograrse mediante la lectura de las noticias parciales que la prensa nos ha suministrado.

ESTADOS UNIDOS SE SIENTE GRANDE EN UN MUNDO PEQUEÑO

El primer aspecto es sumamente importante. La posición de los Estados Unidos en la Conferencia de Chapultepec ha diferido mucho de la actitud que asumiera en reuniones similares anteriores. Ha sido más tolerante, contemporizadora; hasta en algunos aspectos más fraternal con respecto de las demás naciones americanas. Y esta evolución no se debe a la circunstancia de que un nuevo secretario de Estado dirija la política internacional, sino a hechos de mucho mayor alcance.

Los Estados Unidos, después de su participación tan efectiva para el aplastamiento de las fuerzas nazis en los campos de batalla europeos, se consideran con derecho a intervenir en todos los asuntos del viejo continente. Y no solamente como juez, sino como parte. De ahí que en los momentos presentes sus gobernantes estén vitalmente interesados en crear las condiciones para que la participación norteamericana en el ordenamiento de la paz mundial sea vasta y fructífera.

Roosevelt, en su discurso del 1º de marzo del corriente año, ante el Congreso de su nación, dijo textualmente:

"Esta *gran nación* ya no puede eludir su responsabilidad por las condiciones políticas allende el mar. Como he dicho, *este mundo es pequeño.* Estados Unidos ejerce ahora gran influencia en la causa de la paz en todo el mundo. Continuará ejerciendo esa influencia únicamente si está dispuesta a compartir la responsabilidad de mantener la paz. Si eludiéramos tal responsabilidad, cometeríamos un error trágico".

Estas palabras explican gran parte de la nueva política estadounidense. Hasta ahora, el resto del continente americano era el natural "espacio vital" para los gobernantes del país del norte. Si no desde un punto de vista político, o expansionista, bajo el aspecto comercial. Incluso en los mejores períodos de la "buena vecindad" estas naciones del centro y sur del continente constituían para los Estados Unidos una *finalidad.* Pero hoy, debido a la circunstancia de que el mundo es tan pequeño y aquella nación tan grande —según las palabras transcriptas de su presidente— nos hemos convertido en *medio* para lograr objetivos más vastos.

De ahí que el propósito esencial de su política ha sido la de "poner en orden la propia casa"; vale decir, eliminar las cuestiones que en un sentido general pierden importancia, consolidar una organización continental más homogénea, por consecuencia más elástica, adaptada a las condiciones específicas de la mayoría de las naciones, y poder presentarse en la próxima Conferencia de San Francisco sin problemas internos, con un modelo de estructuración internacional eficiente y con plena autoridad moral, además de fuerza, para sugerir y procurar imponer planes similares en el orden mundial.

De tal modo, los Estados Unidos pudieron demostrar tolerancia, buena voluntad y espíritu de comprensión en asuntos que antes eran fundamentales —y en los cuales no hubieran hecho concesiones— pero que ahora revisten importancia secundaria.

Las posibilidades que ofrecía esta situación especial fueron inmediatamente captadas por algunas delegaciones, especialmente por la de Méjico. Pero este asunto será tratado más adelante.

YALTA: EL MUNDO EN MANOS DE TRES HOMBRES

Como etapa intermedia entre la reunión de los "tres grandes" en Yalta y la Conferencia de San Francisco, ésta de Chapultepec no pudo liberarse de la gravitación que sobre ella han ejercido los acuerdos de la primera.

Se podrá estar o no plenamente identificados con las resoluciones de la reunión de Crimea, pero lo que no podrá ser negado es que aquéllas tienen todo el carácter de decisiones inapelables y ejecutivas. El ejemplo de lo acordado con respecto de Polonia y quiénes deben constituir su gobierno es bien elocuente.

Sin embargo, el asunto no es demasiado fácil ni sencillo; incluso Roosevelt lo reconoce en el mismo discurso citado. Refiriéndose a Europa, afirma:

"Las decisiones finales en esas zonas se tomarán conjuntamente y, por lo tanto, serán a menudo acuerdos de transacción. Estados Unidos no siempre se saldrá con la suya, ni tampoco lo hará Rusia o Gran Bretaña".

En otros términos, que cada problema ha de ser disputado, defendido y, en último caso, ha de llegarse a un acuerdo de transacción, para no quebrar la unidad de acción exterior. Y como en tales circunstancias se usa un lenguaje de mayor rudeza que en las largas tramitaciones diplomáticas, nos parece probable que a los Estados Unidos se les haya objetado algunos aspectos de la política que han fomentado o tolerado complacientemente con respecto de nuestra América.

Es así cómo, cediendo aparentemente terreno, los Estados Unidos sacarán ahora el mayor provecho de la política de buena vecindad.

Un ejemplo preciso al respecto es la política relacionada con el Brasil. Pero ello exige algunas consideraciones más detalladas.

VITAMINAS PARA EL BRASIL.

Como se sabe, una de las resoluciones de Yalta fué establecer en la futura organización mundial un consejo de seis grandes potencias, entre las cuales, según se ha anticipado, se hallaría el Brasil.

En caso de concretarse tal propósito, se trataría evidentemente de un triunfo norteamericano, por cuanto tal integración sería un puntal poderoso para todas sus aspiraciones. Y lo ocurrido en el propio Brasil después de la Conferencia de Yalta proyecta mucha luz acerca de la forma en que se han desarrollado aquellas deliberaciones y explica también muchas cosas que sucedieron posteriormente en la Conferencia de Méjico.

Una deducción muy lógica de los acontecimientos nos lleva a la conclusión de que Rusia ha objetado la integración de la nación suramericana, especialmente debido a su política dictatorial interna y a su negativa en mantener relaciones diplomáticas con ella.

Pero habiendo intereses tan importantes de por medio, Stetinius hizo un viaje especial a Río de Janeiro; en pocos días cambia por completo el panorama político del Brasil: se levanta la censura a la prensa, se habla de elecciones libres, de anular la Constitución fascista de 1937 y ya se anuncia la reanudación de las relaciones diplomáticas con los Soviets.

Ha habido otra objeción: Brasil no es aun una gran potencia, no obstante poseer una enorme extensión territorial. Pero cuando median tan vastas preocupaciones, no pueden ser consideradas tales dificultades: ya se ha anunciado desde los Estados Unidos que se ayudará al Brasil a combatir el analfabetismo y a aumentar el nivel general de cultura, y se darán grandes facilidades para su desarrollo comercial e industrial. En otros términos, se le dará, a la manera yanqui, un curso acelerado para optar al título de gran potencia, y se le suministrarán vitaminas para su rápido crecimiento.

Los verdaderos propósitos de toda esta política se perfilan con nitidez: los Estados Unidos eligen un "colaborador" muy bien ubicado en la parte sur del continente y delegan en él muchas funciones que hasta el presente les eran propias.

Digamos de paso que esta política no ha significado una novedad para quienes han seguido con honda preocupación la marcha de los acontecimientos vinculados a nuestra América. La posibilidad de que el Brasil fuera designado para representar a las naciones suramericanas en las conferencias de paz fué precisamente motivo para el editorial de esta revista, número 21, de agosto de 1943. Ya entonces se percibían, para los que deseaban ver, los alcances de esa actitud, que se ha puesto en plena evidencia ahora.

De todos modos, los delegados a la Conferencia de Chapultepec se hallaron esta vez con una serie de hechos consumados, entre los cuales estaba incluída esta nueva jerarquía que se pretende conferir al Brasil. Constituye un gran mérito para la Conferencia haber sabido colocarse en un terreno realista y haber efectuado grandes esfuerzos para superar situaciones de hecho que parecían definitivas.

NO SE APACIGUA A LA ARGENTINA

En principio, pareció que la actitud de aislamiento en que se había colocado nuestro país, desde el gobierno de Castillo hasta hace tan poco tiempo, dificultaría en cierto modo las deliberaciones. Pero pronto pudo comprobarse que la época del apaciguamiento ha terminado, por lo menos en lo que respecta a esta nación.

En reiteradas oportunidades anteriores hemos calificado en términos claros la actitud de varios gobiernos argentinos, tan reñida con los sentimientos de este pueblo. Interesa destacar en estos momentos la razón que nos asistía cuando afirmábamos que, lejos de oponer resistencia al imperialismo o defender la soberanía nacional, esa política, de marcado carácter antidemocrático y pronazi, nos entregaba precisamente a merced del triunfador, que nos podría imponer condiciones cual a países derrotados.

Y lo más lamentable es que, por causa de ese aislamiento, no haya podido estar presente la Argentina en la Conferencia de Méjico. Tenemos la más absoluta certeza de que muy diferentes hubieran sido muchas de las resoluciones, si nuestra nación se hallara allá con plena autoridad moral, solidaria y fraternal en todos los propósitos comunes de libertad y justicia social, pero firme y resuelta contra toda forma de opresión.

Lo resuelto con referencia a la Argentina fué considerado también en las columnas de esta revista con mucha antelación. En el editorial de HOMBRE DE AMERICA Nº 22, de octubre de 1943, se expresaban estos conceptos:

"Nada más violento para un pueblo libre que estar obligado a realizar determinados actos por coacción de poderosas

fuerzas exteriores. Y nuestra prédica tendía precisamente a eso: a que pudiéramos tener —después de cumplir lealmente y por propia voluntad con todas las medidas represivas del nazifascismo— las manos libres, la frente alta, la actitud digna de oponernos a cualquier intento de carácter imperialista. Hemos señalado ya, y lo reafirmamos hoy, que la Argentina estaría colocada en inmejorables condiciones, por su gravitación en el sur del continente, para encabezar toda resistencia a planes y propósitos que fueran contrarios a los intereses de estos pueblos''.

Después de los últimos acontecimientos, podemos afirmar que todo el panorama de Méjico hubiera variado en el caso de una leal participación argentina. Y lo diremos en términos muy claros: si eñ lugar de recurrir las demás naciones a la potencialidad de los Estados Unidos para precaverse del militarismo argentino o brasileño, se hubieran podido apoyar en la Argentina para resistir todo intento de subyugación política o económica.

EL MAYOR MERITO PARA MEJICO.

Sería demasiado extenso analizar todas las circunstancias que concurrieron para que la Conferencia de Chapultepec fuera realmente histórica y sus resoluciones adquirieran valor perdurable. Aunque pudo haberse logrado mucho más, conviene destacar aquellos puntos que involucran una reforma substancial y rectificación de conceptos y métodos anteriores. Sin hacer reseña de las recoluciones, recordemos que se ha afirmado en esta Conferencia la igualdad de todos los pueblos y el derecho de no estar sometidos a las potencias vencedoras. Se ha planteado el problema social de América en una forma audaz —por tratarse de reuniones de representantes gubernamentales—, en el sentido de que deben ser eliminados el hambre, la miseria, la indigencia de los hombres de estas tierras. Se ha refutado el concepto de que el ciudadano debe estar al servicio del Estado; el punto 15 de la Declaración de Méjico dice que, contrariamente, ''el fin del Estado es la felicidad del hombre dentro de la sociedad. Creen posible armonizar los intereses de la colectividad con los derechos del individuo y que el hombre americano no concibe vivir sin libertad''. Y otros conceptos: ''Entre los derechos del hombre, figura, en primer término, la igualdad de oportunidades para difrutar de todos los bienes espirituales y materiales de nuestra civilización''. ''La democracia no es posible sin bienestar material y sin educación''. ''Crear una economía de la abundancia que, eliminando el aprovechamiento de los recursos naturales del trabajo humano en beneficio exclusivo de grupos de intereses de explotación nacionales o extranjeros, permita elevar las condiciones de vida de todos los pueblos americanos''.

En el ''Acta de Chapultepec'', aparte de otras innovaciones importantes, se ha modificado la resolución de la segunda reunión de cancilleres de La Habana, que establecía que ''todo atentado de un Estado *no americano* contra la integridad territorial é inviolabilidad del territorio, contra la soberanía e independencia política de un Estado americano, será considerada como un acto de agresión contra todos los Estados americanos''; en ésta se suprime la calificación de Estado *no americano* y se dice en forma inequívoca: *todo atentado de un Estado...*

Estas prevenciones, muy lógicas y oportunas, se vieron confirmadas en la nueva estructuración dada a la Unión Panamericana. Ahora se procurará dar a la institución carácter de verdadera Sociedad de Naciones americana, quitándole en lo posible la anterior dependencia total de los Estados Unidos. Ya no podrá el Secretario de Estado de la Unión, que la presidía permanentemente, llamar a los embajadores de las repúblicas del continente y decirles en su carácter de dueño de casa: ''Señores, vamos a ver cómo arreglamos estos problemas''. Sin dejar de reconocer que este método era mejor que el que se empleaba cuando la marinería de desembarco tomaba a su cargo la solución de tales cuestiones, la verdad es que tampoco satisfacía mucho y que en esta oportunidad se ha demostrado gran preocupación por conferir a la Unión Panamericana una mayor independencia. No queremos emitir juicios acerca del éxito de este propósito; lo que más nos interesa es destacar el espíritu que ha animado a la mayor parte de las delegaciones, reflejado en las resoluciones finales.

Y, para ser justos, debemos decir que el mayor mérito de todos estos valiosos resultados, corresponde a Méjico. Desde la sesión inicial, tanto el presidente Camacho como el canciller Padilla han demostrado tener gran visión acerca de lo que podía obtenerse positivamente en la Conferencia, procediendo con rectitud, empleando un lenguaje franco y aprovechando en forma táctica e inteligente las posibilidades que creaban todas las circunstancias exteriores y ajenas aparentemente a la asamblea.

No todos los hechos consumados fueron aceptados y aprobados. Hubo discusiones interesantes y hasta forcejeos, fuertes presiones, resistencias a aceptar lo que no parecía conveniente o pudiera comprometer en cierto modo el porvenir de estos pueblos.

Nosotros hemos denunciado siempre como contraproducente y suicida la política que en la Argentina se ha practicado tanto de hacer concesiones a los dos bandos beligerantes para demostrar equidistancia. Se llamaba soberanía el otorgar grandes ventajas a una potente compañía de electricidad, alemana; e inmediatamente, para demostrar imparcialidad, obsequiar con permisos de aumentos de tarifas a las empresas ferroviarias inglesas.

Méjico nos ha dado un ejemplo de la actitud contraria; nos ha señalado cómo no ha entregado el petróleo a las empresas imperialistas yanquis, a pesar de todas las amenazas, cuando tuvo que defender su independencia económica; demostró ser verdaderamente un país soberano cuando apoyó a la República española aun en contra de la actitud cómplice con el fascismo de todas las democracias del mundo; ha sido la primera en apoyar a los Estados Unidos cuando se ha tratado de contribuir al aniquilamiento del nazismo y el imperialismo nipón; y ahora nos ha indicado también cómo es posible hacerse respetar, impedir tutelas y deseos de protección demasiado insistentes y hacer que exista un trato de igualdad, en la medida que lo permita una auténtica colaboración fraternal, entre todas las naciones de América.

Sin duda alguna Méjico no se ha hallado sólo en estas circunstancias. Todos los delegados de las demás naciones americanas no han podido desoír el clamor de sus propios pueblos, su voluntad de ser libres, su decisión de no volver a sufrir los mismos padecimientos previos a la presente guerra y las grandes injusticias de la situación presente.

El balance, pues, de la Conferencia de Chapultepec es ampliamente favorable. Pero no olvidemos que se trata de simples resoluciones, que se cumplirán o no en la medida que sean respaldadas, reclamadas e impuestas por los pueblos de este continente. Muchos otros acuerdos, de vasta trascendencia, jamás tuvieron principio de realización. Muchas promesas fueron negadas. Pero cuando la voluntad popular se manifiesta no hay peligro de que tal cosa ocurra.

Además, seguimos pensando en que el aporte de la Argentina puede aun ser valioso para la causa común de la libertad y de la justicia social de los pueblos de nuestra América. Sabemos muy bien que con la declaración de guerra a las naciones del eje no ha dado la Argentina un paso definitivo, sino uno de los primeros. Si nosotros, desde el propio país, somos capaces de contribuir a que marche rápidamente y con firmeza por la senda que corresponde, se abrirán perspectivas más promisorias para todos en el orden continental.

A. CUPIT

De STEFAN SWEIG:

Siempre que se registraba en nuestro mundo una injusticia, una opresión, una cobardía o bajeza, él contestaba para condenar y fustigar con su furor. Siempre estaba presente cuando se necesitaba ayuda, ayuda para el individuo, ayuda para pueblos, siempre del lado de los oprimidos, de los vencidos, siempre contra la fuerza insolente del poder y la petulancia de los llamados victoriosos. Por su propia fuerza se convirtió así en una instancia incomparable por su independencia y por estar a prueba de toda influencia. Por él adquirió el organismo informado todavía de Europa una alma y una conciencia, y cuando llegue el momento en que los Estados Unidos de Europa puedan celebrar la hora de su constitución, tendrán que recordarle como a su precursor, como al primer ciudadano de esa comunidad nueva, más grande y —es de esperarse— mejor que la formada por nuestros estados envidiosos y desgarrados. ¡Qué sensación de aplomo nos da a todos, en estos tiempos de artificioso estrechamiento espiritual, en una época de brutalidades, imperialismos y nacionalismos, saber que existe un hombre justo para con todos, libre de compromisos, firme en sus convicciones, sin entumecerse por ello, independiente de todo partido e imparcial frente a todos ellos mientras están con el derecho, admitiendo todo lo que considera capaz de conducir, por ende, a una libertad superior del género humano! ¡Qué riqueza constituye esa vida gracias a su participación y su interés omnímodo, esa universalidad casi única! Amaba simultáneamente la amistad y la soledad, defendió la paz y luchó durante toda una vida, siempre adelante, siempre solo y, sin embargo, siempre para todos. ¡Qué hombre, por su gran humanidad! ¡Qué vida, por su inagotable participación en la vida! ¡Qué ejemplo y qué enseñanza para cada uno que por sí propio trate de pensar libremente y mantenerse independiente!



Romain Rolland:

EL IDEALISTA HEROICO

En las cuatro latitudes, cuatro grandes figuras evangélicas, no resignadas como en el Evangelio bíblico, predicadores del Evangelio de la Humanidad sobre la tierra, proyectan su relieve espiritual sobre la conciencia del mundo: Gandhi en Asia, Tolstoi en Eurasia, Thoreau en América, y Rolland en Europa.

En su silencioso y forzado retiro, lejos físicamente de la segunda tragedia universal que han visto sus ojos, pero espiritualmente cerca, con la angustia de todos en su propia angustia, Romain Rolland acaba de morir, y apenas si la noticia, que en horas de paz hubiera repercutido dolorosamente, quedó como aplastada por los minuciosos telegramas bélicos. Pero cuando la atroz contienda pase, cuando una nueva fuerza idealista, más dinámica que nunca, renazca sobre los pueblos, por encima del mal y del odio, entonces el gran "idealista heroico", el que amaba como nadie a la humanidad, el que era un hombre universal y como escritor respondía a ese entrañable valor del hombre, será recordado como una de las más elevadas conciencias que el mundo haya conocido.

Como su "Juan Cristóbal": "el éxito no era su fin, su fin era la fe". Sus biógrafos han relatado su vida y sus obras. Personalidad proteica la suya, fué músico, historiador, novelista, crítico de arte, dramaturgo, ensayista, poeta, conferencista social; "honra de Francia y conciencia de Europa", según Sweig; "espíritu a la vez el más actual y el más inactual de todos los espíritus vivientes", según Bloch; si se colocó "au dessus de la melée", y "uno contra todos", fué porque amaba a todos los hombres.

Laureado en 1913 con el Gran Premio de la Literatura por su admirable obra, mundialmente conocida, de "Juan Cristóbal", tres años más tarde le otorgan el Premio Nobel, y él entrega íntegramente la suma de ambos premios a la Cruz Roja Universal. Escribe teatro para el pueblo, y expresa que tal teatro "no es un artículo de moda y un juego de dilettantes, sino la expresión de una sociedad nueva, sin pensamiento y sin voz". Innova la clásica novela francesa, con un estilo personal y puro, que los detractores de la Academia (siempre las Academias!) le censuran. Rolland es un creador, porque hay en toda su obra algo profundamente humano, y quien escribe es el espíritu más libre de Francia antes de la guerra, y después de 1914, de Europa y del mundo. La primera guerra mundial y su posición frente a ella lo sacaron de su casi anonimato, de su silencio, y en medio de las críticas y vituperios, se alzó contra la "traición de los intelectuales" y proclamó en su célebre manifiesto "Clarté", con otros escritores libres, que "el espíritu no debe ser esclavo de nadie, pero nosotros debemos servir al espíritu y no reconocer ningún dueño fuera de él".

Casi octogenario, el Romain Rolland de la vida física frágil y de la vida moral ardiente y vigorosa, al tronar de nuevo los cañones en una guerra cien veces más horrenda que la otra, sintió desgarrarse su alma atribulada. Se encontró más sólo que nunca, y esa fué su gran tragedia. Y su voz ya no se oyó. Se ha interpretado su apoyo a la causa aliada como renunciamiento a su pacifismo. No lo creemos, ni es hora de juzgar de prisa. Su voz pacifista sobrevivirá a la muerte, y los que vendrán en la paz constructiva, en la paz social que en la lucha buscan los oprimidos y los rebeldes, la única paz de los insumisos a quienes Rolland tanto amó, no dejarán de oirla, como expresión de la libertad de conciencia y del sentido de la individualidad heroica. Será la voz del espíritu, por la unidad de los espíritus.

H I P E R I O N

PAZ Y RECONSTRUCCION POSBELICA

ENCUESTA MUNDIAL organizada por HOMBRE DE AMERICA

1° — ¿Cuáles deben ser a su juicio las características principales de la reconstrucción posbélica?

a) En el orden político: ¿Se mantendrá la actual estructura de división por naciones? ¿Se podrán constituir grandes uniones regionales y continentales? ¿Es el federalismo el sistema más adecuado de relación entre los pueblos? ¿Cuáles son las fallas más notorias de los regímenes democráticos que habrá que superar? ¿Cómo impedir que las naciones de mayores recursos o más industrializadas avasallen a los pueblos más pobremente dotados?

b) En el orden económico: ¿Cuál será el papel del capitalismo privado? ¿Es conveniente una centralización económica estatal? ¿Se podrá socializar la tierra y aplicar este sistema como solución a otros importantes problemas económicos? ¿Cómo contrarrestar a las fuerzas que pugnarán por hacer perdurar la expansión imperialista?

2° — ¿Qué contribución puede aportar América a la paz y la reconstrucción mundial?

3° — ¿Cuáles son los medios más adecuados para hacer que predomine la voz y la opinión de los pueblos, evitando la repetición de los errores de la paz posterior a la pasada contienda?

Prof. José M. Lunazzi

Autor de diversos trabajos educacionales y sociológicos, de destacada actuación en los medios universitarios.

¿Construcción o reconstrucción? En verdad, reconstruir vale literalmente por volver a construir, y si por tal se entiende construir lo que estaba destruído y la guerra destruyó, poco habremos adelantado. Nosotros apetecemos una nueva construcción.

Pensamos que, por sobre los contrastes y las apariencias, vivimos una evolución social acelerada: que el mundo marcha. Y marcha hacia adelante. El nivel intelectual medio de los pueblos y la clarificación de sus opiniones y tendencias político-sociales es tal hoy día que no podemos ser sino optimistas respecto al porvenir, y eso que en nada subestimamos los refinamientos y nueva técnica de los dominadores absolutistas y "democráticos".

a) Las estructuras nacionales se mantendrán, obvio es decirlo; en algunos casos se fortificarán. Pero esa evolución a que me he referido, actuando insensiblemente la mayor parte de las veces —los famosos imponderables de la libertad— hará que se trate de "racionalizar" las nacionalidades, lo que puede equivaler a nuclear a los pueblos por determinaciones ecológicas y geohistóricas, por tendencias formativas y afinidades. Por una parte la guerra produce el fenómeno de interrelación y mezcla de pueblos, por otro lado el hombre se eleva progresivamente de lo nacional a lo internacional.

b) Las uniones regionales y continentales se están realizando desde el punto de vista nacional en torno a cada uno de los tres grandes —que son tres y no más—. Esto puede llevar a una situación de equilibrio artificial durante unos cuantos lustros, pero ya lleva en sí todos los gérmenes de la futura contienda. Lo que nos interesa a nosotros, como garantía efectiva de paz, es la alianza de los pueblos, o de sectores de pueblos, tal cual la realizan las asociaciones obreras, centros intelectuales, confederaciones estudiantiles. Ese entendimiento directo, popular, por la base, continental e intercontinental, debe seguirse solidificando. Pero falta mucho, pues el trabajo desinteresado place a pocos, la faz constructiva es la que generalmente no se encara y, por lo común, aun en tareas de fraternidad, el cuchillo se lleva bajo el poncho y la política de sector quiebra los mejores propósitos.

c) El sistema más adecuado de relación entre los pueblos es la libertad. El federalismo es un modo de proceder; sólo vale en cuanto es sinónimo de libertad, y, siendo tal, poco interesa que exista o deje de existir específicamente. Aclaro: ¿puede haber otro régimen de libre relación de los pueblos que no sea el federalista? Si no lo hay, el federalismo no es *el más* adecuado sino *el* adecuado. Y conste que soy un ferviente partidario de la organización de las cosas y que en tal sentido muchas veces organizar es disciplinar, centralizar, mecanizar y predeterminar. Hay que eliminar al "federalismo ingenuo" que confunde a las cosas con los hombres. Y hay que tener presente que en el orden social, más que de un abstracto federalismo hay que hablar de coordinación de actividades, establecida con vista a la libertad individual y la eficiencia colectiva.

d) Comentaba confidencialmente Mirabeau, luego de votar en la Convención la igualdad de los hombres y de las razas: "en efecto, es la verdad que más me cuesta creer". Una de las fallas más notorias de la democracia, reside en que los demócratas lo son muy de labios afuera. Padecemos una aristocracia liberal y nuestro liberalismo no es democracia,, confina generalmente con la mentalidad pequeño-burguesa transaccionista y mediatizada, de equilibrismo para la simple permanencia y no para el avance, y de una visión del porvenir que no mira más allá de 24 horas.

El liberalismo político otorga el derecho teórico para cada ciudadano de aspirar a poseer bienes, pero ni reconoce la socialización de los bienes colectivos ni establece las condiciones de libertad y justicia económica que hagan posible el normal ejercicio de la libertad y justicia políticas. Por otra parte, democracia no es parlamentarismo. Es, sí, régimen representativo, pero el parlamento u otra forma de representación son simples órganos, medios, no resultantes y fines de la democracia. Haberlos convertido en fines, he ahí una falla, agravada por la ilegimidad de las representaciones —ilegitimidad no tanto en cuanto a la ley escrita sino por no representar realmente la voluntad de los mandantes—, y por la incapacidad de los representantes, a quienes se les exige, ya ser un sabelotodo, ya ser un muñeco que vote según las órdenes ni siquiera del partido sino del jefe del bloque partidario. Error que no es sólo de la democracia parlamentaria, sino de toda la representativa, ya actúe en esferas estudiantiles, obreras, intelectuales o en la interna vida democrática de las instituciones populares. Debe evitarse tanto el fraude en las urnas como el fraude en las representaciones ya se confíen ellas a delegados ante un club de fútbol, ya a senadores de la nación.

La otra falla grave es que frente a los totalitarismos internacionales no se ha organizado pasivamente la defensa y propaganda democrática en el orden internacional. Y poco cuesta aclarar que no han de ser congresos o representantes gubernativos, ni Churchill o Roosevelt quienes han de concertar esta alianza de pueblos y esta efectiva coordinación de defensa mutua. Y eso sin que les niegue a Roosevelt y Churchill —el otro grande es totalitario— la condición de demócratas dentro de su propio país.

e) El mejor procedimiento para que las naciones de mayores recursos no avasallen a los pueblos pobremente dotados, consiste en ponerles un fuerte palo entre las ruedas. La batalla no puede darse de afuera hacia adentro, precisamente porque el de adentro es el más fuerte, sino quebrando los factores internos del poderío, en este caso del mal. En definitiva, un problema de conciencia. La resistencia del objetivamente más débil no debe abandonarse, de acuerdo a ese sabio precepto que establece que hasta la laucha más floja hace su agujero en el queso. El ejemplo a ese respecto está en la lucha americana contra el imperialismo —yanqui-británico—. El poder material continúa y aun se aumenta en manos del vecino del Norte, pero este mismo agota los medios para no aparecer como imperialista; ha llevado una moción en ese sentido a Chapultepec y, indiscutiblemente, ha dejado de ser ese ogro traganiños americanos, y ello en gran parte por la resistencia de los débiles y por la propia oposición interna. Cuando los socialistas holandeses y los laboristas ingleses dejen de apoyar a sus monarquías imperialistas —y para ello hay que trabajar— mucho de autodeterminación y de igualdad de soberanía habrán ganado los pueblos hindúes y de las colonias de la reina Guillermina.

La fuerza tiene un gran enemigo en la fuerza y si generalmente ésta está al servicio de la sinrazón no hemos de desechar la posibilidad de que sirva a la razón. Pero el mayor enemigo de la fuerza, que silencia sus cañones y quiebra sus espadas, es el intelecto. En cuanto confiamos en el hombre entendemos que en todos los casos la más recta vía, el mejor medio, es diezmarle las filas al enemigo —el enemigo es la opresión, la avaricie— no irguiendo ante él falaces si que menores nacionalismos, sino llegando a sus legiones ipficcionándoles el virus de la razón y convocándolas internacionalmente para el servicio de la libertad, que sólo es regionalmente plena cuando rige en el área mundial.

J O S E   M.   L U N A Z Z I

Respuestas Publicadas en los Números Anteriores:

Dardo Cúneo, Diego Abad de Santillán, Dr. Angel Ossorio y Gallardo, Dr. Andrés Townsend Ezcurra, Ing Jacobo Maguid, Dr Jorge F. Nicolai, Dr. Josermo Murillo Vacareza, Dr. Saúl Taborda, Dr. Emilio Frugoni, Justino Cornejo, Dra. Paulina Luisi, Gerardo Gallegos, Agustín Souchy, Rafael Lorco Herrera, H. G. Wells, Ricardo Quijano Flores, A. Díaz Urrieta y A R. Fabiani.

Ciriaco Duarte

Publicista y militante del movimiento social paraguayo.

1º) La reconstrucción pos-bélica es un problema mundial en el que Europa tendrá la palabra primera, que surgirá de la convulsión revolucionaria presente y futura. Sin que fuere necesario precisar cómo se organizarán los pueblos, es de suponer que no lo harán sobre las bases político-económicas que dieron como resultado esta monstruosa hecatombe social presente. Sí que lo será el fruto de una despiadada conquista del hombre y de los pueblos. No creo, como muchos, en la inmadurez política de éstos, para las grandes transformaciones; pero, debemos estar seguros de la inmensa capacidad defensiva de los Estados, y sobre todo, de los Estados imperialistas actuales, con sus ejércitos y la distribución alimenticia en sus manos. A mi entender no hubo nunca problemas de "inmadurez política" en los acontecimientos sociales de los pueblos, sino, esto último, es decir, ejércitos y fuerzas reaccionarias que superan el esfuerzo de los pueblos.

Los numerosos pactos y acuerdos de las potencias aliadas, podrían haber sido los puntales firmes y factores esenciales para una reconstrucción más humana, con un más alto sentido del derecho de los pueblos, por medio de la "libre determinación" de los mismos; pero, los acontecimientos políticos en Italia y los sucesos sangrientos en Grecia —donde los ejércitos aliados mancharon sus armas con sangre de pueblo "liberado", hecho que Churchil justificó plenamente en la Cámara de los Comunes— nos dan una idea demasiado triste, demasiado pobre de las realidades de esos pactos y acuerdos.... Esta dura lección nos sirve para refirmar nuestra fe en la acción espontánea de los pueblos y desconfiar de los pactos subentendidos, de las potencias que dominan el mundo y procurarán eternizar su hegemonía sobre los pueblos subyugados.

a) No creo en un cambio inmediato de la estructura de los pueblos. Pero siendo el Federalismo una solución revolucionaria para la total armonización de los intereses, y sobre todo, para la desaparición de las barreras aduaneras, tras las cuales se esconde el nacionalismo, el proceso evolutivo en la organización de la paz y la organización de los pueblos, nos llevará hacia tal solución. Por que, en verdad, la paz futura, o bien se organiza sobre este sistema definitivo y firme, o se desorganiza nuevamente en la guerra. Por que la estructura imperialista de la economía a la que llegamos, es la organización permanente del asalto. El Federalismo hará posible la descentralización de esta democracia burguesa que, en perpetua competencia, generó una concen-

tración gigantesca del Capital y del Estado. La auto-determinación de los pueblos será entonces una frase cierta y los pueblos chicos podrán contribuir, sin extorsiones económicas y políticas, a la paz de la colmena humana.

b) Esta pregunta: ¿Cuál será el papel del CAPITALISMO PRIVADO?, me parece confusa. Debemos decir CAPITALISMO, seca y llanamente; por que no podremos aceptar otras formas del capitalismo, por ejemplo, el colectivo. Capitalismo en sí es POTENCIA DE LOS CAPITALISTAS. Se puede decir CAPITAL COLECTIVIZADO, en la concepción moderna de la economía, pero nunca CAPITALISMO COLECTIVO. Lo que la Revolución destruirá es el CAPITALISMO, en todas sus formas privadas o colectivas.

La estructuración de la economía futura se basará en la solución de esta cuestión sentimental, humana y permanente que llamamos PAZ. No se puede ya discutir a esta altura de la historia de SI ES o NO ES el capitalismo el factor de las guerras: LO ES. Entonces, la paz futura se establecerá sobre la base de las POSIBILIDADES PARA TODOS. Las teorías de la moderna economía que establece "el trabajo como función social", suplantarán a la vieja concepción "el trabajo mercancía". Con los cuales se habría trasplantado el capitalismo "privado" sobre bases más generales y colectivas.

Finalmente, las realizaciones de esta transformación, entre las que se cuenta la organización federalista de los pueblos, serán la medida, el grado de combate o de la intensidad del combate que desplieguen los pueblos contra los que propugnen hacer perdurar la expansión imperialista.

2º) El pueblo americano —naturalmente a excepción de algunas oligarquías militares nazis que como manchones de sangre tenemos empotrados en el poder en casi todos los países sudamericanos— contribuye a su modo y posibilidades al derrumbe del totalitarismo. En el banquete de la paz, deben tener todos los pueblos su ubicación y derecho. Derecho a defender a los débiles y defenderse a sí mismos, libremente. Y asegurar su futuro en la unidad americana.

NORTEAMERICA, cumpliendo fielmente sus compromisos internacionales, hará posible que América toda valorice su posición en el futuro social del Mundo, adquiriendo su personalidad propia y despojándose de su condición colonialista actual, para afirmarse en una federación de pueblos libres.

3º) Todos los medios a excepción de los inadecuados para la conquista de la libertad. He visto y escuchado —y es muy corriente este error— decir que TODOS LOS MEDIOS SON BUENOS. Pero si entre ellos incluímos los medios coercitivos y brutales contra los cuales luchamos y se desangra la humanidad, caeremos en el error del pasado y se repetirán las desgracias presentes.

En América, se impone urgente la lucha solidaria contra estas dictaduras de tierra adentro —que gozan de la complacencia y obtienen créditos financieros de las democracias— de militarotes cerriles al servicio del imperialismo. Y no olvidemos que entre ellos están siempre los viejos torreones, la cruz y la "divina providencia"...

C I R I A C O   D U A R T E

LA COMUNA, *base esencial para una nueva organización argentina*

Decir que la Comuna es "la célula primaria de toda democracia orgánica", es dar una definición substancial, teóricamente exacta. Al mismo tiempo, equivale a poner en evidencia la absoluta ilegitimidad del uso de ese nombre por parte de los municipios argentinos.

Es probable que quien formuló recientemente aquella definición, estuviera lejos de querer desnudar la realidad chocante del desarrollo histórico de nuestras Comunas. Puede decirse sin temor a equívocos que nuestra república no tuvo nunca un régimen de verdaderas comunas, y quizá por ello es que fué siempre poco republicana, antifederalista en los hechos aunque ultrafederalista en la teoría de su letra constitucional.

La Comuna es la organización de los habitantes de un lugar determinado (villorio, pueblo, pequeña ciudad o gran urbe) para la defensa de sus intereses comunes, la administración de sus bienes comunes, la coordinación de sus actividades en todos los órdenes del trabajo comunal: agrícola, industrial, comercial, etc. Es en sí un organismo completo, que administra por sus propios medios sus cuestiones judiciales, policiales y de gobierno. No depende de poderes extraños, siendo su esencia social la libredeterminación de los individuos dentro de las normas comunales. Su sistema de relación con las restantes Comunas que con ella forman la nación, es el sistema representativo federalista.

La Revolución de Mayo estuvo inspirada en los principios de independencia política y económica; tales principios no pueden nunca limitarse a la esfera del concepto puramente nacionalista, sino que trascienden a lo social. El pensamiento de los hombres que hicieron y orientaron aquella revolución, fué esencialmente liberal y comunalista. Al concepto de la subyugación a la voluntad de los reyes de España, opusieron el concepto revolucionario de la libredeterminación de los pueblos; al principio del gobierno unipersonal del Rey, opusieron el democrático del control popular. Cuando se enfrentaron luego (Asamblea de Tucumán 1816) con las tendencias unitaristas de los que auspiciaban el retorno a la monarquía, su republicanismo quedó magníficamente sentado en estas premisas: para cumplir la etapa de emancipación política, nuestra estructura no puede ser otra que aquella que permita al pueblo controlar el manejo de la cosa pública, desde el más modesto al más ilustrado, tanto en las grandes ciudades como en las más pequeñas aldeas.

Es este el pensamiento federalista que responde a dos factores de enorme gravitación social en la América de principios del pasado siglo: las ideas de la Revolución Francesa, sentando firmemente los derechos iguales de todos los hombres, por encima de castas y clases, y la influencia innegable de los mismos conquistadores hispanos, que dejaron en nosotros la herencia racial de un carácter eminentemente individualista y díscolo a las imposiciones arbitrarias.

Los precursores de nuestra emancipación, grandes hombres que comprendieron que nuestra liberación no podía ser formal, sino respondiendo a una significación histórica nueva y progresista, vieron claro el camino, mejor dicho, lo intuyeron y dieron el primer paso: Nos legaron dos fuerzas: la doctrina y el carácter; abrieron el surco y dejaron la semilla plantada. ¿Han sabido las generaciones posteriores recoger tan maravilloso fruto?

Podríamos actualizar el interrogante transformándolo en este otro: ¿Qué ha quedado del régimen comunal, qué de nuestro federalismo?...

La carencia de una verdadera vida comunal caracteriza a nuestra historia, sin dejar limpio casi ningún período. En la realidad, el despotismo superó siempre a las tendencias liberales, por más que se mantuvo la "forma" republicana por razones demagógicas. Aún el más cruel dictador de nuestra historia se dió a sí mismo el mote de "federalista". En seguida de lograda la emancipación sobrevino la dictadura, y cuando al derrocarla pudieron sentarse las bases de la organización nacional merced a grandes esfuerzos y fuertes controversias, se inició un nuevo proceso que no se interrumpió ya más hasta nuestros días. La progresiva absorción por el naciente Estado —moderno fenómeno de la época— de las energías de la nación, creó la modalidad centralista que fué matando los gérmenes de la vida comunal. Las tierras y los ganados —principal riqueza nacional— en poder de una casta de poderosos oligarcas, convirtieron a nuestra política en vasallo de los factores económicos. La Comuna, así como el todo de la estructura política, fué respetada en la forma pero adaptada a los fines del poder central. Este error fatal —pero lógico del sistema capitalista— se afirmó definitivamente cuando Buenos Aires se convirtió en "cerebro" del país y lo que en principio respondía a una necesidad natural de salida al Atlántico para la comunicación con Europa, pasó a ser un arma poderosísima en manos de la oligarquía nacional y del naciente imperialismo extranjero.

La Comuna mantuvo su forma. Eligió su Concejo Deliberante, sus delegados al distrito y de éste al gobierno de la provincia. Pero la política siguió los dictados de la economía, y ésta marcaba invariablemente la centralización. La Comuna delegó sus poderes en la Provincia, y luego ésta los fué delegando progresivamente en el gobierno nacional. Se impusieron los caudillos por encima de los pueblos, y la acción de elegir quedó relegada a la triste función de cambiar de caudillos según conviniese al gobierno central. "La Comuna debe amoldar siempre las formas de gobierno a sus exigencias esenciales, nunca acomodar los principios municipales al éxito de una concepción política de unidad y simplicidad general", ha dicho sabiamente De la Torre: Lamentablemente, no existía una sólida conciencia popular de este contenido fundamental de la Comuna.

De las tres ramas en que se hallan divididos los poderes en la organización argentina, la Comuna no controla ninguna por sí misma. No controla el poder judicial, porque los Jueces los nombra el gobierno provincial y el gobierno nacional. No controla el poder legislativo pues las leyes son dictadas muy a lo lejos (en el sentido interpretativo) de sus necesidades y sus problemas; le queda el Concejo Deliberante, eso sí, pero con muy limitadas atribuciones, tan limitadas que en la inmensa mayoría de los casos sólo resuelve decretos sobre la limpieza de las calles, la ornamentación en día de fiesta, el aumento de los impuestos y la construcción (con permiso del gobierno provincial) de un edificio para escuela que luego se utiliza como vivienda del comisario o para realizar actos políticos, por falta de maestros y de útiles. No controla el poder ejecutivo, que en la comuna lo es la policía, porque al comisario lo designa la Jefatura policial de la Provincia (pronto lo hará la jefatura Federal); el comisario es el verdadero amo del municipio, formando con el Juez y el señor Concejal un verdadero triunvirato cuya voluntad es omnímoda para los ciudadanos.

La responsabilidad de tamaña desvirtuación del pensamiento comunal recae por igual sobre todos los argentinos; sobre los continuadores inmediatos de la obra de organización que iniciaron los hombres de mayo, por haber perdido el punto de mira de la unidad nacional y dar cabida al desmembramiento que redundó en provecho de unos pocos y en perjuicio de la mayoría; sobre los dirigentes políticos que siguieron, porque la ambición del poder les hizo olvidar objetivos fundamentales para diluirse en pequeñas cosas de la politiquería con vistas a formar los grandes partidos, en cuyos programas no entró el concepto y sí la formalidad. La República fué en declive, a pesar de sus progresos materiales, y es hoy un cuerpo endeble con un "cerebro" de pulpo gigantesco que todo lo absorbe.

Es el nuestro un mal de desarrollo, debido al error de creer que una democracia puede existir sin libertad de las partes esenciales.

¿Cómo lograr una recuperación tan grande y profunda? No se logrará pretendiendo dar a los actuales municipios una personalidad que no tienen en realidad. Tampoco con que los partidos incluyan en sus futuros programas, tardíamente, reivindicaciones de carácter popular. En todos esos casos subsistirá la desestimación del individuo, considerado como elector dentro de un sistema de gobierno que escapa al control directo.

Será preciso hacer una revisión de fondo a nuestras instituciones, partir del concepto de que la unidad orgánica del país depende de la vitalidad y autonomía de las comunas, y amoldar las formas de gobierno a sus exigencias esenciales. Restituir al control de las comunas el sistema de elecciones, para que el régimen nacional sea verdaderamente federalista. Extirpar el viejo vicio argentino del "presidencialismo" que lleva inevitablemente al unicato. Organizar con métodos racionales la vida económica, teniendo por finalidad otorgar al productor los beneficios de su trabajo. Anular la nefasta influencia de la Iglesia en la política y la educación. Colocar en sus carriles a las fuerzas armadas, de modo que ellas no constituyan un peligro de intromisión en la vida política.

En suma, que hará falta una real transformación en todos los órdenes de la organización nacional. No importa que tal transformación nos parezca utópica. Está basada en soluciones positivas, por lo mismo realizables, y sobre todo en fundamentos de carácter social e históricos. La gran obra de nuestra emancipación debió resultar gigantesca para los escépticos de 1800, y sin embargo fué emprendida y lograda, porque existía en el pueblo, en las masas ignorantes tanto como en las clases cultas, un profundo espíritu de libertad que generó las más heroicas gestas.

Ese espíritu perdura a pesar de los dictadores y los demagogos que durante más de un siglo trataron por todos los medios de sofocarlo. El hará viable la nueva y necesaria transformación argentina que se hará lentamente o revolucionariamente, según las circunstancias y el grado de comprensión popular lo permitan.

Pero que ha de hacerse sin duda.

I S A A C   M A G U I D

EL IDEARIO CIVICO DE SAUL TABORDA

Lo que se dió en llamar Movimiento de la Reforma Universitaria, que tanto influyó en toda América, trascendiendo el marco estrecho de las Universidades para adentrarse en las reivindicaciones populares y en sus ideas sociales, fué más tarde para algunos reformistas simple constatación romántica de un pasado glorioso juvenil, y sólo para unos pocos verdaderos reformistas, de amplia visión social, perduró en la fecunda perspectiva del tiempo. A aquella extraordinaria generación del 18, gestora de la Reforma, perteneció Saúl Taborda. Ya era entonces un espíritu maduro: tenía 33 años. Llegó a aquel movimiento, no como sugestionado por su deslumbramiento y repercusión, o como un desfogue de edad briosa, sino para darle su pujanza anímica y revolucionaria. Se vinculó totalmente al movimiento y éste —que no fué captado por la mayoría atraída por el electoralismo o por el presupuesto— se afincó espiritualmente en toda su obra de más de un cuarto de siglo posterior, hasta su reciente muerte, a los 59 años de edad. El pensamiento argentino contemporáneo ha perdido su mentalidad más recia y vigorosa. El valor individual de sus ideas, la hondura filosófica que destilan sus páginas más simples, el sentido creador popular con que impregna su revisión substancial, en su raíz misma, de la historia argentina y americana, saturan al lector de un clima fuerte, pasional, a que no está acostumbrado por la frialdad cronológica y académica de los intelectuales e historiadores aristocráticos.

En su labor de docencia, como catedrático de la Universidad de Córdoba, y más que nada en su acción de escritor, fué continuador infatigable, sin doblez alguna, del pensamiento revolucionario animador preformado ya en su juventud. Pudo ser un gran filósofo, y en su afán visible por apartarse del lenguaje abstruso de la filosofía (sobre todo de la alemana, que poseía a ciencia cierta), su riqueza de léxico, connatural en él, le exigía un notable esfuerzo para ser accesible a las masas. Y en lo que más nos interesa de Taborda, en lo social e histórico, logra plenamente el esfuerzo. Fué con sinceridad y rectitud sociológica hasta las fuentes ignoradas de exprofeso por vía oficial, de nuestra historia institucional, y escudriñó la entraña viva de los movimientos populares, pre y posrevolucionarios de nuestra emancipación ,para revelarlos en estudios permanentes, que al par que constituyen una verdadera heregía para las mentiras oficializadas, son y serán cada vez más, en la medida en que se conozcan, un nuevo ideario cívico para las futuras generaciones argentinas.

Bien quisiéramos aquí intentar una idea cabal y prieta de su ideario, pero habrá necesariamente que glosar conceptos suyos, pues lo contrario sería pretender una inhábil síntesis de síntesis.

REVISION DE LA HISTORIA

"La historia argentina aparece iniciándose en 1810, como si nuestra historia no tuviese nada que ver con los tres siglos precedentes, qué digo? con todos los siglos que constituyen la eternidad progenitora del alma castellana!".

"Los núcleos sociológicos municipales aparecen en los diversos períodos históricos de la originaria vida cívica y cultural indiana —dice Alfonso Mora— como elementos típicos y autónomos en la formación constitucional de las nuevas naciones", y es la ciudad-cabildo el elemento celular del estado político que sirvió de base a todo el sistema colonial". Había un problema de descentralización comunal en la organización de los cabildos, libres e independientes. Este hábito de tres siglos de vida comunal está en la tradición institucional primigenia americana, en su seno nutricio. Saúl Taborda, siguiendo este mismo proceso, concluye: "Parejamente a lo que aconteciera en España, durante las guerras de la Reconquista, nuestros centros urbanos —ciudades y villas— crearon espontáneamente sus hábitos, sus fueros y sus leyes propias, y acentuaron los localismos diferenciadores que fueron, por esto mismo, los progenitores del enérgico espíritu de autodeterminación que distingue a nuestro comunalismo".

Estamos acostumbrados a creer que la Revolución de Mayo fué consecuencia de las ideas revolucionarias de los Enciclopedistas franceses o de los inconformistas ingleses. Nada menos absoluto. "Con todo y ser cierto que esa influencia no careció de eficacia, sobre todo después que se mostró la impotencia del gobierno central, es evidente que el gesto de la emancipación procedió del propio fondo nómade realizador del descubrimiento y de la conquista." En España misma hubo rebeliones comunales contra el poder central, y los españoles en América junto a los criollos (hijos de españoles), fueron parte activísima en la gesta emancipadora. Los hombres de Mayo, deslumbrados por la civilización europea, y algunos como Saavedra por el auge napoleónico después de 1810, torcieron el cauce histórico comunal, y crearon un "Estado de Importación", el menos argentino y americano posible. "La historia escrita que nos han legado es la más patente negación de nuestra historia".

Y cuando se penetra en las luchas civiles argentinas, esa desviación histórica es más grave. "Nuestra independencia —repitámoslo, dice Taborda— fué una empresa comunalista. De la misma manera fué la comuna la condición de la unidad nacional. Pues, por razones semejantes a aquellas en virtud de las cuales la unidad política conseguida por los Reyes católicos no pudo realizarse sino mediante las comunas fundadas por el tesón heroico de la Reconquista, la unidad política argentina, lejos de ser obstaculizada por las comunas y por los caudillos engendrados por ellas, fué la obra de su voluntad histórica racial". Para conseguir lo poco de esa unidad política, los continuadores de Mayo intervinieron siguiendo la corriente estatal europea (el Estado argentino fué un calco artificial de los Estados de Europa, sin raigambre étnica y popular), y utilizaron, en lo inicial, la voluntad histórica comunal. Pero fueron rápidamente desnaturalizándose. Las luchas civiles de federales y unitarios responden profundamente a este choque entre la voluntad comunal y el trasplante político europeo. Y se plantea el fundamental interrogante: "de cómo y por qué un pueblo dotado de propias posibilidades históricas de vida social libre, puede renunciar a sus esenciales elementos para asumir una fisonomía ajena y, por ajena, falsa y artificiosa". "Importa saber, en otras palabras, por qué una determinación constitucional social se ve precisada a someterse a los moldes de una constitución política elaborada con conceptos extraños a su fluencia vital". Y la respuesta está en que todo el mal proviene de la desviación de nuestra historia, que es intrínsecamente comunal, y que para recuperarse debe volver a ser élla misma, encauzada hacia un comunalismo federalista cada vez más integral.

CENTRALISMO Y COMUNALISMO

Si es verdad que la "voluntad histórica de las comunas argentinas ofrece una resaltante revelación en el pronunciamiento de Mayo de 1810, y si su existencia se remonta a la época germinal de la formación de las sociedades coloniales'", y si esta voluntad histórica es patrimonio formativo de todos los países americanos, sólo puede pensarse que Argentina y América deben apartarse del "principio racionalista que es el nacionalismo estadual" para dar vitalidad moderna a lo que está en la idiosincracia social de sus pueblos, vale decir la organización natural de sus comunas constituyentes.

Al querer construir "desde arriba" nos olvidamos de lo vital: la voluntad histórica de las comunas. Dijeron nuestros primeros legisladores que en tierras del Plata había entonces "barbarie" ingénita (y Sarmiento y Alberdi siguieron esa huella) y nos dieron "civilización", o sea el Estado europeo, lo más difícil, lo más absurdo, lo más equivocado, por ser artificial, en nuestra nacionalidad, y hubo necesidad, para anular las directivas naturales de un pueblo en formación, de someterlo a un creciente centralismo que fué anulando toda autonomía de provincias y municipios y dió origen a las guerras civiles y a la tiranía de Rozas durante veinte años.

Fué entonces cuando surgieron los "caudillos", en ese período que los historiadores oficialistas denominan "de la anarquía a la restauración nacional". No podía producirse en aquella época de verdadero caos institucional, de choque antinómico, por lo general cruento, entre lo vernáculo y lo foráneo, entre lo comunal étnico y lo estadual importado, otro movimiento que el intuitivo de las "montoneras" —con la denominación despectiva de la historia oficializante—, verdadero movimiento insurreccional popular ,pueblerino y rural que adopta como bandera de lucha la defensa de las autonomías provinciales, por un federalismo primario por cierto pero que ya presentía la sujección del interior bajo la égida absorbente del poder central, problema que hoy subsiste en toda su crudeza.

Ese movimiento, por lógica natural de la época, elige sus caudillos, o mejor dicho estos surgen solos por gravitación revolucionaria, en las "guerras civiles". Facundo es la figura epónima. Cabeza o dirigente de un movimiento de masas, hoy se llamaría "líder". Era el caudillo un tipo insurrecional, portavoz y guía, eco fuerte y multánime de todo un estado social profundo, arraigado en lo vital del país. Sus detractores se ahincan en sus defectos —¡y claro que los tuvo!— en su hosquedad severa, pero eran un producto natural del medio, de la tierra hirsuta y virgen. Cuando después, en la "restauración nacional" surgen los europeizantes Sarmiento, Roca, Avellaneda, Mitre, no dejan de ser también caudillos ,pero "a la moderna", electorales, oportunistas, tan distintos de aquellos caudillos nativos, insurgentes, federalistas, autonomistas. Buenos Aires se agranda, se vuelve cosmópolis, se apropia de la capitalía del país, y las provincias se empobrecen, agotan su economía otrora floreciente. El sistema rentístico y aduanero "esquilma la economía de las provincias". Y como un ejemplo entre tantos, Taborda nos cita: "La Rioja era, en 1810, una de las provincias más prósperas y más ricas. Comerciaba con Chile; tenía ganados y tenía el oro de sus minas. Sus hombres y sus riquezas aportaron un concurso sobresaliente a los ejércitos de la emancipación. ¿Por qué La Rioja cayó en la miseria? ¿No fué acaso porque el centralismo económico y político cegó sus fuentes de producción y cerró para siempre los caminos de su comercio y se empeñó en entregar a los especuladores extranjeros el tesoro del subsuelo, con la anuencia cómplice de Rivadavia?".

Solitario en Unquillo (Córdoba), Saúl Taborda escribe las modestas páginas de su periódico "Facundo", que muchos han leído con la fruición de lo desconocido y de lo coincidente. Porque si muchas verdades suyas no son nuevas, nadie ha tenido la audacia moral de presentarlas con tan certera claridad. Lo "facúndico", la "vocación facúndica" no es en verdad la idealización de Facundo Quiroga, sino la calificación genérica de una expresión popular que pervive en el siglo largo de vida institucional argentina. Sarmiento escribió su denigrante "Facundo", pero debió finalmente exclamar: "¡No, no ha muerto! ¡Vive aún! ¡El vendrá!". Y tuvo involuntaria razón. David Peña —citado por Taborda— exclamó, "en el brillante alegato de revisión que pronunció hace ocho lustros ante la sordera indiferente de Buenos Aires: Ninguno como él, Facundo, penetró más hondo los arcanos de la naturaleza humana. Ninguno descendió mas adentro en el corazón de las multitudes y los hombres." Institucionalmente persiste una falsa unidad de fuerza, bajo un dominio central, en el país. Días vendrán en que éste constituya una verdadera unidad basada en la autonomía de las provincias, de sus municipios y de sus comunas, en que sea cierta la predicción intuitiva de Facundo: "Las provincias serán despedazadas tal vez, pero jamás dominadas". Las provincias, y todos los territorios nacionales convertidos en provincias, deberán por encima de cualquier resentimiento y antagonismo mutuos, reintegrarse por "voluntad histórica" y por voluntad de lucha en el ámbito solidario de un común federalismo y comunes autonomías, por autodeterminación directa de los pueblos que conforman la organización natural del país, para recuperar en el consorcio nacional iguales derechos e iguales deberes, sin centralismo tutelar. Sólo así podrá decirse que existe unidad social argentina, dentro de la variedad geo-política-económica de su vasto territorio.

LA UNIFICACION ESCOLAR

Lógicamente vamos dejando al margen, en el límite reseñativo, otras ideas no menos substanciales de Taborda, contenidas en sus obras: "Reflexiones sobre el ideal político de América", "La política escolar y la vocación facúndica", "La crisis espiritual y el ideario argentino", etc., como también en la colección de su periódico "Facundo", y en su "Temario del Comunalismo federalista"; pero nuestro principal objetivo de dar relieve mayor a su revisión histórica, para atraer a los jóvenes a su lectura y estudio, está en parte logrado.

En materia educacional sigue la línea revisionista histórica, y no acepta que la enseñanza primaria esté sujeta "a normas del derecho político vigorante" ,rechazando por tal todo proyecto de "unificación escolar" que subordina la escuela al "ideal político que fundamenta la actual estructura del Estado", ya que la educación no debe ser instrumento que prepare a los niños para ser futuros ciudadanos, sino que debe formar futuros hombres. El proyecto "unificador", que sigue fundamentando los principios pedagógicos en los principios políticos en auge, es de corte racionalista, responde a una estructura estadual, es un ideal emergente de la ideología política del Estado (la fórmula docente de Sarmiento: "educar al soberano" —pueblo—, en vísperas de la Constitución de 1853), como la ley de educación común de 1884 (también inspirada en Sarmiento, sancionada por Avellaneda, formulada como dogma permanente por Ramos Mejía), que identificaba política y pedagogía, sin tener en cuenta "que todo hacer pedagógico que quiera ser fiel a las exigencias del tiempo, debe tratar a la niñez como niñez y a la juventud como juventud", teniendo por delante el fin supremo totalizador del hombre. Así, la política y la pedagogía son dos campos opuestos, o lo que es lo mismo, la educación popular, "del soberano", y la educación del niño. Y aún dentro de la educación, ya popular, ya secundaria o universitaria, el problema inmanente es la liberación del individuo, pues "cabe advertir que la lucha por la autonomía universitaria, que nosotros hemos visto plantearse en 1918 (habla Taborda), no es, en el fondo, otra cosa que la afirmación de los contenidos de cultura frente al Estado".

SU IDEAL AMERICANISTA

En 1939, en ocasión de la Conferencia de Lima, y a un paso de la de Montevideo, expresa con suma claridad su concepción de la soberanía en relación con la solidaridad entre los pueblos americanos.

Tenía perfecta noción de la conciencia histórica de América, "algo más que una temperatura emocional caldeada por la comunidad del origen y del destino: es un modo peculiar de reaccionar frente a cada uno de los problemas concretos de la vida cotidiana. Ese estilo es el que anuncia las líneas fundamentales del ciclo histórico reservado como una irrenunciable tarea a los pueblos del continente".

No ignoraba acerca de la soberanía que lo absoluto es su condición precipua y la intangibilidad de la soberanía estadual, inalienable, imprescriptible, "es una rotunda negación del derecho público". Opone al principio de soberanía siempre absoluta, el de la "corresponsabilidad, principio en virtud del cual todo pueblo responde del destino de los otros pueblos". Y aquí, por su claridad meridiana, damos libre curso al pensamiento magistral de Taborda, (que fusionamos con varias frases de sus libros), profesión de fe que encierra un mensaje para América, donde se ha de rectificar la civilización europea: "Mensaje de la hora inicial de este continente, que un día, en su adolescencia todavía no lejana, tuvo la intuición aguda de la nueva conciencia histórica; mensaje silenciado por el apogeo ruidoso de tres siglos de amoralismo político, no niega ni la autonomía que corresponde a cada Estado particular, ni anula sus notas originales ,ni constriñe las transformaciones de su dinámica, tan caras al historicismo: se define como un principio regulador, como un principio ético del cual se desprende a manera de corolario obligado la justiciabilidad de los Estados. Pues ser pueblo es afirmar un destino y, como quiera que ese destino no se puede cumplir dentro de una autarquía robinsoniana, la afirmación de un destino supone el reconocimiento de una comunidad solidaria de pueblos. Un pueblo no existe por sí; existe porque existen otros pueblos. Coexiste. En tanto que la concepción política de la soberanía conduce a un individualismo estadual que escapa necesariamente a la sanción correspondiente a sus actos, la concepción política de la corresponsabilidad conduce a la instauración de una comunidad hermanada por la identidad del sentido moral y por el libre acatamiento de la justicia, que, para cumplir un destino, asegura a cada uno lo suyo".

HORACIO E. ROQUÉ

Para evitar

LA CONTINUIDAD DEL TOTALITARISMO

La derrota del nazifascismo en el terreno militar puede considerarse un hecho virtualmente consumado. Aun cuando queden duras batallas por librar y aun cuando la destrucción de los últimos reductos nazis y japoneses reclame muchos sacrificios adicionales de parte de los combatientes de las naciones unidas, no es ciertamente pecar de excesivo optimismo el afirmar que el eje totalitario tiene perdida la sangrienta partida por la dominación mundial. La terrible pesadilla del "nuevo orden" y de la "esfera de co-prosperidad" se está disipando, con un inmenso alivio para los partidarios de la libertad y la cultura.

No es posible sobreestimar la significación histórica de ese hecho ni sus profundas repercusiones inmediatas en la existencia de todos los pueblos. Apenas si hace falta un poco de imaginación para suponer lo que sería nuestra vida política y aún la privada, de haberse realizado o de estar a punto de realizarse los planes nazis de hegemonía universal. La suerte que han sufrido los pueblos europeos que durante varios años soportaron el más denigrante régimen de tiranía, constituye una ilustración más que suficiente acerca de la especie de orden que habría de imperar en el mundo entero, en el caso que el desenlace de la guerra hubiera sido distinto. A punto de decidirse la contienda bélica, los efectos de la situación estratégica repercute de un modo rápido y directo en todos los países. Véase, por ejemplo, el acelerado proceso de democratización en que han entrado algunos países sudamericanos. En otro sentido, supóngase cuáles serían las perspectivas políticas de este país en los actuales momentos, si los nazis fueran triunfadores en Europa y los fascistas japoneses en Asia...

Es pues perfectamente lógico y humano que un sentimiento de euforia domine los espíritus y que los últimos acontecimientos mundiales, en el orden político y militar —aplastantes triunfos aliados en los frentes europeos y asiáticos, conferencia de Crimea, conferencia de Méjico— sean saludados con jubiloso entusiasmo por quienes, con mayor o menor intensidad y no importa la distancia que los separara del centro de la tragedia, sufrieron la terrible pesadilla totalitaria como una permanente amenaza de degradación física y moral que afectaba **personalmente** a todo individuo de normal sensibilidad.

Ahora, como decimos, se está disipando la pesadilla. La doctrina de la violencia, como suprema razón de Estado, está en bancarrota. Se vislumbra la liquidación del totalitarismo. Sus feudarios y secuaces iniciaron el desbande o procuran adaptarse a las nuevas circunstancias, con el mimetismo inescrupuloso de los peores oportunistas. Los pueblos se disponen a respirar aires de libertad.

Se abre un nuevo período histórico, un período de amplia reconstrucción y grandes cambios de todo orden. Estamos, por consiguiente, en una hora de graves responsabilidades. Todos hemos de asumir la parte que nos corresponde, pues de uno u otro modo somos, debemos ser, partícipes de la labor que se inicia, por alejados que estemos del centro candente de los acontecimientos. Por lo demás, no se trata de recibir pasivamente influencias y mandamientos desde algún nuevo monte sacro, sino de actuar en donde nos hallemos, de acuerdo a las necesidades locales y dentro de la orientación más adecuada a las reales necesidades de los pueblos. Ante la enorme tarea que tenemos por delante, no se conciben espectadores indiferentes, como no podía concebirse que hubiera auténticos neutrales en la gran contienda planteada frente a las fuerzas totalitarias.

Según la orientación que se imprima a la obra constructiva; según cuáles sean las fuerzas sociales preponderantes en el planeamiento y ejecución de la misma; según sea la intervención que tengan en ella los pueblos directamente interesados, así será el orden de cosas a establecerse en un futuro inmediato, en un futuro que apenas deja de ser presente.

Esto significa, ante todo, que la sensación jubilosa que sentimos ante la derrota del nazifascismo, no debe inhibirnos de juzgar los hechos con criterio objetivo, libre de toda especie de consignas o **slogans** ocasionales que pueden tener su utilidad en lo que se refiere a movilizar fuerzas para la lucha, pero que son incompatibles con una actitud constructiva justa, adecuada a los fines de verdadera emancipación de los pueblos, meta final de todos sus afanes.

Recordemos, ante todo, que aquella formidable movilización de hombres, de materiales, de energías, de pasiones, de impulsos morales, hecha en una escala sin precedentes, se ha efectuado con un motivo básico, con una finalidad esencial: el de eliminar el totalitarismo, sus normas, métodos e instituciones, de sobre la faz de la tierra. Sólo así tiene sentido la afirmación de que la presente guerra era de significación distinta a todas las anteriores, que representaba una guerra ideológica en la que era imposible la neutralidad. No ignoramos que para las viejas castas privilegiadas de las democracias, los grandes estadistas, los jefes y dirigentes del esfuerzo bélico, aquella afirmación constituía nada más que un **slogan** circunstancial, que se cambia o se olvida en momento oportuno. Pero creemos que si los combatientes y trabajadores de todos los campos de la lucha antitotalitaria no se hubieran compenetrado sincera y profundamente con esa finalidad esencial, jamás se hubieran hallado las fuerzas y los estímulos necesarios para vencer al temible enemigo. Para ellos, para nosotros, la única justificación posible de tantos sacrificios, de tantos horrores, de la pérdida de valores de toda especie, había de ser, con la eliminación de toda forma de opresión totalitaria, la instauración de un orden de cosas en que no sólo existiera garantía de paz indefinida, sino también el disfrute de un bienestar creciente, de una libertad efectiva, cada vez más amplia.

Es el momento de preguntarse si esa finalidad esencial está en vías de alcanzarse o si estamos ante la consumación de un nuevo escamoteo histórico. Si la derrota del nazifascismo equivale a la derrota y supresión del totalitarismo como sistema político o si existe el peligro de una adaptación atenuada y disimulada del mismo sistema. Si se abre realmente una nueva era de libertad y de pacífica convivencia entre los pueblos o si se trata de una nueva etapa de super estatismo, de reparto imperialista, de paz precaria, de acumulación y perfeccionamiento de armamentos y de todas las malas consecuencias de un orden de cosas basado en el privilegio de castas, de clases y grupos nacionales dominantes.

Plantear tales cuestiones no significa incurrir en exceso de suspicacias ni prejuzgar sobre la buena fe de personajes más o menos consagrados por la admiración mundial. La buena fe **subjetiva** cuenta poco ante el imperativo de las fuerzas sociales en juego. Cuando el mandato supremo que mueve a un hombre o un grupo de hombres es el de consolidar un sistema imperial, un mecanismo estatista, el predominio de una clase social, etc., la buena fe individual solo se manifiesta en cuanto es consecuencia de tales objetivos. De modo que se puede proceder con la mayor buena fe subjetiva y no obstante consumar el más grande escamoteo, en perjuicio de los intereses y aspiraciones de la gran mayoría humana.

Por lo demás, la experiencia histórica, una experiencia no muy lejana puesto que se remonta a los fines de la anterior guerra mundial, aconseja la máxima cautela y prevención en cuanto a la bondad y eficacia de las soluciones que pueden elaborarse e imponerse en **bloque** desde las altas e impenetrables esferas de la super diplomacia y que los pueblos reciben como un mandamiento divino, sin poder alterarlas y sin conocer siquiera sus verdaderas proyecciones.

También entonces se estimuló el júbilo y el entusiasmo populares, mediante un generoso derroche de frases sonoras acerca de la democracia triunfante, la paz consolidada, el derecho de los pueblos de disponer de su propio destino, etc. Todos sabemos cuál fué la traducción en los hechos de aquellas hermosas frases, cuando el juego implacable de los privilegios de clase y de los intereses imperialistas convirtió en una triste ficción la sociedad de naciones y dió lugar al nacimiento y expansión del fascismo y con él a la segunda guerra mundial.

Esperemos que no vuelva a suceder nada semejante. Difícilmente sobreviviría nuestra civilización a una catástrofe de la magnitud de una tercera guerra mundial. Sin embargo, no basta adormecerse en una esperanza alentadora ni rechazar en el espíritu la hipótesis de una perspectiva destructora, para estar al abrigo de sus posibles manifestaciones. Una vez más, debemos apelar a la experiencia de nuestra época, para recordar que ese método —el de ignorar las realidades desagradables— es precisamente el más adecuado para estimular las fuerzas del mal y de la destrucción, siempre latentes en el orden actual de cosas.

Hace falta, a nuestro juicio, que los pueblos observen una actitud de alerta vigilancia y de intervención activa en los acontecimientos próximos, si se quiere evitar que los enormes sacrificios que está costando la guerra actual sean estériles y que una novísima variedad de totalitarismo no surja de los arreglos y convenios que tramitan los jefes de las grandes potencias vencedoras. Pues es necesario comprender, con los hechos recientes a la vista, que la sola derrota militar del nazifascismo, incluso la eliminación de Alemania y Japón como potencias organizadas, no implica la destrucción automática y efectiva del totalitarismo como sistema. Al fin y al cabo, lo esencial del totalitarismo no es la crueldad morbosa, ni la discriminación racial ni el fanatismo bélico. Su rasgo fundamental es el absolutismo de Estado, la burocratización de la vida política, el sometimiento del pueblo a poderes incontrolables. Y existe un real peligro que mediante la enorme concentración de poder económico y militar que ahora se está forjando en nombre de la organización de la seguridad mundial, se impongan tales condiciones de vida a los pueblos, a pesar y por encima del formulismo democrático que sin cesar se invoca.

No significa esto una prevención arbitraria o puramente sistemática. Una personalidad de espíritu tan ponderado como el famoso sociólogo y economista británico, **Sir William Beveridge** —autor del plan de previsión social que lleva su nombre— ha dicho, refiriéndose al sistema de seguridad resuelto en la conferencia de Crimea, sobre la base del proyecto elaborado anteriormente en Dumbarton Oaks, que ese sistema implicaba colocar a las grandes potencias "por encima de la ley" mientras ésta se aplicaría estrictamente a las naciones menores. Y terminaba su juicio con esta frase lapidaria: "Eso, con las esferas de influencia, el equilibrio de poder, el armamento en competencia y todo el resto de la antigua maquinaria, no es más que el camino más corto para una tercera guerra mundial".

El único modo de evitar que una predicción tan sombría se cumpla, es lograr que los pueblos se entiendan entre sí, por encima de los intereses de sus dirigentes y que reclamen e impongan una intervención más activa y determinante en el desarrollo de los acontecimientos que la de meros espectadores que de hecho no gozan de otra facultad que la de aprobar o tolerar hechos consumados.

Mucha gente que se considera avanzada participa de esta prevención y de la necesidad de estimular la vigilancia popular, en tanto se refiera a los sistemas políticos dominados por el capitalismo y a la gravitación de la plutocracia en la nueva estructura mundial; la misma plutocracia que engendró y alentó al fascismo y la que le facilitó los medios materiales para su expansión ulterior.

Pero su actitud cambia totalmente desde que aparece la intervención del gobierno soviético. Entonces todo se convierte en adhesión incondicional y en confianza ilimitada, como si ello fuera garantía suprema de soluciones democráticas y de escrupuloso respeto a la voluntad de los pueblos. Y esto

ocurre con un Estado que representa la más perfecta expresión del totalitarismo, en un régimen donde no hay nada parecido a una libre opinión pública, donde no existe prensa independiente, ni organizaciones obreras, populares, culturales o de la índole que sean, al margen del mecanismo estatal; donde los conceptos de libertad y democracia no tienen ningún sentido práctico, desde que es imposible manifestar ninguna discrepancia de la línea oficial, sin incurrir en graves penas. Se comprenden las razones que tienen las grandes democracias para soslayar u olvidar esa realidad, cuando tratan con el Estado Soviético y lo incluyen entre las "naciones amantes de la libertad". Pero esas razones no obligan a incurrir en igual hipocresía a los hombres libres, a quienes repudian y combaten el totalitarismo en todas sus formas y manifestaciones, incluso en ese amoralismo político que permite sustentar sucesivamente las más contradictorias consignas y justificar las traiciones más infamantes, en nombre de una finalidad nebulosa, solo conocida por los jefes supremos que dictan las consignas e imponen los bruscos virajes.

En definitiva, podemos afirmar que la perspectiva mundial inmediata, tras la segura derrota del nazifascismo, no comporta el triunfo pleno de las aspiraciones populares de libertad y bienestar, sino solo y por ahora, un entendimiento entre el gran capitalismo y el stalinismo, que implica la demarcación de ciertas zonas de influencia, con la finalidad de consolidar los respectivos sistemas, frente a las inevitables conmociones de postguerra.

Es indudable que se tratará de satisfacer las necesidades más apremiantes de los pueblos, que se harán ciertas "concesiones" políticas, que se procurarán paliativos al descontento popular y se admitirán en principio algunas reivindicaciones del proletariado. Pero todo indica que ello se hará solo como concesiones del poder y en la medida que se crea necesario para afianzar el orden de las cosas establecido por las grandes potencias, es decir, por las clases y estamentos sociales que se hallan al frente de las mismas: la gran burguesía en Inglaterra y Estados Unilos, la alta burocracia estatal en Rusia. Sin que por ello queden eliminados los gérmenes de futuros conflictos bélicos, por las razones señaladas en la declaración de Sir Beveridge.

¿Dónde quedan los grandes cambios, las profundas transformaciones sociales que debían producirse después de la guerra, como compensación de los ingentes sacrificios reclamados a los pueblos? Una vez más, las clases dirigentes se concretan a la defensa de sus privilegios y relegan a la masa después de haberla utilizado hasta el máximo grado.

Sin embargo, no creemos que se haya dicho la última palabra en lo referente a la ordenación de postguerra en todos los países. Vivimos en todas partes en una situación inestable de conmoción social, efectiva y latente. Los pueblos siguen esperando y anhelando cambios de profundidad que los emancipen de las miserias y de las opresiones del pasado. La satisfacción de esos anhelos, en el grado en que esto sea materialmente posible no dependerá de la buena voluntad de los gobernantes y dirigentes mundiales, sino de la capacidad que tengan los pueblos de imponer soluciones. A crear, suscitar y hacer actuar esa capacidad deben tender todos nuestros esfuerzos. Pues no intentamos plantear una posición meramente crítica, señalando una realidad desalentadora, sino que procuramos disipar esperanzas vanas para hacer posible una acción firme y constructiva, aun a través de la oposición y la resistencia.

A. DIAZ URRIETA

DECADENCIA REAL DE BUENOS AIRES

> Buenos Aires ha sido convertido en un instrumento de dominación de las provincias, entre el crecimiento rápido del poder del Estado y la evolución de la Economía Capitalista.

HISTORIA DEL DOMINIO POLITICO DEL ESTADO

El primer triunfo de Buenos Aires fué el establecimiento del virreinato del Río de la Plata y la designación de la ciudad como sede de las autoridades españolas en 1776, pues hasta ese entonces Córdoba, ciudad más importante, era metrópoli de las letras, disputando su ciencia con Chuquisaca y Asunción del Paraguay; y siendo ésta centro obligado de los asuntos de la Iglesia, tan importante en la colonia, debía resolver para sí y para los demás.

Se valía el imperio hispano de una ciudad estratégicamente levantada, para acrecentar su dominio colonial y organizarlo de una manera eficiente.

Durante todo el siglo diecisiete Buenos Aires fué centro comercial, o de comerciantes que vivían exclusivamente con el interés de los productos locales, cueros, cerdas, cebos y de los provenientes del norte, aptos para la exportación (como la plata de Potosí) y con las mercaderías traídas por los buques llegados a su puerto, con el gran comercio de esclavos que durara intensamente hasta 1750. Poco interés había para la industria pecuaria del país.

Las provincias fueron focos de trabajo agrario y de pequeñas industrias; tenían sus tejidos, San Luis, Salta, Santiago; el algodón, el trigo, la harina, el vino, las carretas, el aguardiente, los cueros, lonjas, cabestros, la platería, maderas, etc., etc., se producían como para el consumo y un margen discreto de intercambios. La Rioja, Catamarca, Cuyo, florecían sin miseria. Durante los siglos XVI y XVII la única industria existente en el país es la de provincias, y con eso se vive y maneja toda la población. En estos siglos las provincias representaron lo vital, y el egoísmo mercantil y comercial lo representaba Buenos Aires. El interior, centro de trabajo intenso y noble para la época, se ve por las condiciones de autoridad y privilegio dominado por su economía, que influye desde ya en la distribución de la población, pues la gobernación de Buenos Aires no llegaba a tener 110.000 habitantes en 1760, mientras el resto de las provincias excedía de 490.000 entre los cuales la mayor parte eran trabajadores.

Antes de 1779, la aduana de Buenos Aires percibía de 15 a 20.000 pesos anuales, cifra que asciende rápidamente con la apertura del puerto, llegando en 1795 a 400.000 y después de 1800 a más de un millón. Las rentas de esta aduana no fueron suficientes para los gastos que demandaba anualmente el virreinato, pues las cifras anuales de estos sobrepasaban los 4 millones después de 1780. Lo demás que faltaba provenía del interior en forma de impuestos y contribuciones.

Fueron las provincias más productivas como el Tucumán, Cuyo, Paraguay, etc., las que a fuerza de sacrificios mantenían el aparato burocrático y los privilegios, no pocos, de la corona. Como se ve, aquí ya había empezado la crisis de las provincias con relación al crecimiento privilegiado de la ciudad portuaria. Tal sistema trae la decadencia y el anquilosamiento del inmenso interior, de sus fuerzas y destinos económicos, por cuanto las rentas se empleaban en un 80 % para Buenos Aires; el 10 % para las provincias del litoral y el otro 10 % para las demás provincias. Con lo cual se ve que el privilegio económico y político parte desde antes de la revolución, y la profunda división existente se irá ahondando con los años hasta hundir al interior del país, como más adelante demostraremos.

Conviene agregar que no existió una unidad verdadera durante la colonia; de existir tal vez se hubiera conservado con felicidad para los pueblos de América. Paralela a la unidad imperial no existió una unidad real verdadera: la ciudad primitiva portuaria fué comercial y extraña a la tierra. En Buenos Aires, todavía durante el siglo XVIII se calificaba de extranjeros a los hombres de las provincias de Tucumán y Cuyo. Hernandarias de Saavedra prohibía la entrada en la ciudad a los provincianos que no tenían un permiso especial de Su Majestad, inconveniente menos grave que hiriente para los vecinos de tierra adentro. Fué la Revolución la que empezó a cimentar la verdadera unidad en la libertad y unión comarcal de los pueblos. En cambio en las provincias existió una unidad de sentimientos políticos, creada por la vida y lucha en común por la tierra. De aquí que la unidad posterior fué dada al país por las provincias, por las ciudades y hombres de las provincias, que al final encuentran eco en las masas desprivilegiadas de Buenos Aires.

Tampoco las provincias cedían en cultura; por el contrario, la superaban. Las pequeñas villas tenían sus escuelas, Córdoba, Asunción, Chuquisaca le eran superiores, y en general la desigualdad no fué tan patente como les parece a los historiadores que narraron la historia sólo desde el punto de vista de Buenos Aires. Paul Groussac y Manuel M. Cervera lo han aclarado. José María Ramos Mejía expresa: "El itinerario de la civilización de la nacionalidad argentina ha sido en mi concepto erróneamente descripto. Su luminosa peregrinación no fué de Buenos Aires. Cuando ésta no tenía aún ni librerías donde comprar papel de cartas, míseros pueblitos como Nonogasta, tenían bibliotecas en cuyos libros aún no ha mucho se veía la mano del misterioso lector que había dejado en notas casi borrosas el rastro palpitante de una cultura cuyas proporciones en toda su patriótica trascendencia nuestro orgullo metropolitano desconoce. Córdoba y Catamarca, la hoy mísera y sedienta Catamarca han hecho en su oportunidad tanto o más por la cultura argentina y por la libertad, que este hermosísimo paquidermo de la Ciudad de Buenos Aires que hoy la difunde en otra forma y con menos sacrificio por todo el haz de América"

De todas maneras hubo instrucción primaria en provincias en la cual se interesaron los Cabildos y el Clero. No fué en Santiago, Salta o Tucumán, peor que en la metrópoli y si fué mala o pobre en unos también lo era en la otra.

Centro económico de contrabando y cuanto fuera movimiento en las campañas de los alrededores, fué creciendo en privilegios, fuerza y significado hasta la revolución de mayo de 1810. En este momento vacila su poder, pues la revolución liquida el Estado español, sin tener formada una institución similar. Movimiento eminentemente de ciudad, tuvo por dirección la junta del vecindario nombrada por el Cabildo de la capital virreinal que seguía siendo el eje del nuevo sistema.

La elevación de Buenos Aires como centro material y espiritual de dominio no fué aceptada en principio por las demás ciudades del interior. Estas empezaron a ocuparse de su propia administración y resurgió dinámico el sentido e instinto autonómico, llamado federalismo, en nuestra tierra.

El hecho natural de la preocupación de los pueblos por darse una estructura definida, para los beneficios inmediatos de la vida social, abrió un abismo entre las formas mediterráneas vitales y la fórmula centralista, deducida también naturalmente de la creación de un gran poder en Buenos Aires, comparado con el pequeño de los pueblos pastoriles de las campañas.

Las formas de gobiernos iniciales en Buenos Aires no sólo tuvieron el ejercicio de una larga tradición centralista, hábitos, recuerdos, intereses, sino que conservaban el mismo esqueleto administrativo del sistema arcaico; estuvieron inmediatamente en pugna con los representantes de las ciudades y pueblos de provincias, que levantaron la bandera de una igualdad de derechos y participación en todas las funciones, ya fueran administrativas, de guerra, económicas y de cualquier clase.

Al pretender conservar el gobierno revolucionario conservador —pues la tendencia jacobina de Moreno fué pronto derrotada— idéntica administración y los elementos bélicos en un solo poder, se plantea definitivamente la cuestión de la naturaleza de la revolución de Mayo y de todas las revoluciones que iban a venir en nuestro país hasta la de nuestros días, pues los hondos problemas de la constitución y naturaleza del Estado, concentración del poder, gobiernos fuertes, centralismo y descentralización, iban a ser nuevamente aquilatados por las generaciones.

En Buenos Aires prima la organización virreinal y las minorías directoras no solo encuentran la necesidad de concentrar el poder, sino que lo concentran; los pueblos de las provincias se rebelan y desde 1812 al 1829, se erigen tantos gobiernos como ciudades y comunas importantes existen en el territorio. Tal fué el origen de los futuros gobiernos de las provincias.

La resultante es la existencia, a tres años de la revolución, de un gobierno central en la ciudad de Buenos Aires y gobiernos excéntricos en el resto del país. De donde empiezan a agravarse constantemente los choques entre estos dos sectores del poder general, imponiéndose unas veces el central y mayor número de otras, los provinciales.

Desde principios del siglo y mucho antes, en la colonia, dos tendencias trabajan nuestra historia y no la abandonan. Una artificial de fuerza, poder e imperio, otra natural y propia de la vida compatible con la libertad. Aunque las dos se desparraman por el país, la primera, la centralista, unitaria y de fuerza con asiento en Buenos Aires ,la ciudad portuaria, es su representante no por que todos sus pobladores así lo afirmen, sino por cuanto lo determinan las fuerzas que la gobiernan.

Es inseparable en nuestra tierra el centralismo del unitarismo y los ejecutivos fuertes, el federalismo y la disolución o parcelación de los poderes. Sobre tales bases ruedan todos nuestros intentos de organización política. Unos quieren a Buenos Aires por capital, otros la rechazan. Los unitarios quisieron centralizar el poder en la Capital, que se prestaba a ello; los federales por descentralizar llegaron hasta la separación con la Banda Oriental del Uruguay y el Paraguay, etc. Los primeros buscan a menudo, detrás de sus fines, la monarquía, uno de los caminos naturales de la centralización; los otros no se detienen hasta la disolución de los poderes fuertes y la pulverización en decenas de ciudades unidas por el vínculo federal de comuna o municipio. Ninguna de las dos formas triunfaron puras, la resultante fué, como veremos, una transacción a la cual llegaron los felices propietarios de una y otra parte, con base en la Capital.

La lucha se hace cada vez más poderosa, quedando en el país la imposibilidad de conservar puro cualquiera de ambos regímenes. Llega la presidencia de Rivadavia, hombre ilustrado, de buenas intenciones. Partidario del gobierno fuerte, promulga una constitución unitaria (1826) por la cual todas las provincias pierden sus libertades, dicta una ley capital por la que Buenos Aires es sede y centro de las autoridades y le nombran presidente sin fijar la fecha de duración de su mandato.

Se llega entonces al punto más alto de la curva histórica de nuestra capitalización en la primera mitad del siglo XIX.

Las provincias luchan; más las distancias no pueden ser vencidas; el federalismo por vía de Dorrego avanza sobre la Capital, cuando un coronel, caudillo valiente de los unitarios aprovecha las fuerzas de línea que venían de Ituzaingo para sublevarse y fusilar a Dorrego en el pueblo de Navarro, provincia de Buenos Aires. Vencido Lavalle, Rosas centraliza el poder en Buenos Aires. La historia aclaró definitivamente esta figura enaltecida por unos y vilipendiada por otros. Este estanciero no fué federal aunque él lo hiciera creer en

un principio cuando toma la bandera simpática y popular del federalismo, se conecta con los otros caudillos del interior, establece un gobierno fuerte para poder desarrollar sus grandes negocios en carnes, harinas, proveedurías, cueros y haciendas de la provincia, negocios que incluían a la mayor parte de los estancieros de entonces. Rosas defendió en primer término un orden estable, la paz necesaria al desarrollo de los grandes negocios sumiendo a los pueblos en la barbarie y la miseria. Este caudillo por el dominio de Buenos Aires, con sus 15.000 hombres armados, ató la economía del país centralizándola en la aduana de la Capital, y en lo político dominó sin poder constitucional pues no eran llegados los tiempos de una política nacional.

El ciclo de la dictadura rosista fué fatal para las provincias, no sólo en lo que atañe a su cultura sino también para su producción. En estos largos años la economía del interior se viene abajo y repunta la de Buenos Aires y un poco el litoral. En la Capital se levantan fábricas y talleres en los suburbios. Las pequeñas industrias de provincias, arruinadas por la guerra de la independencia, terminan de liquidarse con la tiranía. Las cinchas y jergas que venían de Corrientes, las lañas de Tucumán, los productos santiagueños y los vinos de Mendoza se vienen al suelo con los bajos precios. Las monturas, los correajes, lazos, riendas se hacían en Buenos Aires en gran parte por emigrados de las provincias. El cuero repujado, la carona, etc., ya no son arribeñas. Los ejércitos de Rosas —16.000 hombres en 1840— sólo se surten en Buenos Aires y cuanto viene del extranjero. En el año 1838 había en Buenos Aires 110 casas en las cuales se trabajaba el cuero, 101 talleres de carpintería, 60 fraguas donde se trabajaba el hierro, 50 platerías, una industria pequeña de tejidos, etc., etc. Toda esta política económica ayudada por las mercaderías manufacturadas provenientes del extranjero concluyó por hundir a las provincias que no podían competir con lo de Buenos Aires y menos con los precios europeos. Pero esto obedeció a una política bien planeada y llevada a la práctica por el mismo Rosas que deseaba subyugar a las provincias convirtiéndolas en pobres. Política y economía fácil de comprender cuando es una dictadura la que la realiza en un centro capital. Y el golpe que las provincias y el interior en general sufrieron fué de una magnitud tal que ya no se pudieron elevar al antiguo estilo de trabajo, cultura y producción.

Numerosos documentos nos quedan de esta triste época del más obsoluto predominio de Buenos Aires, algunos de ellos como el del correntino Pedro Ferre, de veracidad e importancia: "Salí de Corrientes a principios de Febrero de 1830, llegué a Paraná y de allí pasé a Santa Fe realizando en una y otra provincia tratados preliminares en la mejor armonía con sus respectivos gobernadores León Sola y Estanislao López. Luego pasé a Buenos Aires donde sucedió lo mismo con su gobernador don Juan Manuel de Rosas. Después que llegué a Buenos Aires donde tenía amigos sinceros fuí instruído del plan que Rosas se había propuesto establecer de acuerdo con algunos de los principales de Buenos Aires para subyugar a todas las provincias y que era el siguiente: Rosas hizo reunir a los sujetos de predicamento que le pareció necesario y les habló categóricamente en estos términos: Veinte años de experiencia deben convencernos que no es posible conseguir la dominación de las provincias como conviene a la nuestra. Ellas la han resistido con éxito y lo harán siempre favorecidas de su localismo y del entusiasmo con que ellas han aprendido el sistema de Federación... Si vosotros me aseguráis vuestra firme cooperación propondré un plan cuyo resultado llenará el objeto por que combatimos desde hace muchos años. A este preliminar le contestaron todos que estaban prontos a secundarlo y que se sirviera exponerlo. Entonces habló Rosas en los siguientes términos: Es preciso que en lo sucesivo finjamos haber cambiado de sistema declarándonos federales por convencimiento. Nuestros pasos, nuestras acciones y todo cuanto pueda tener exteriormente viso de federación debemos emplearlo para merecer la confianza de los pueblos de las provincias".

"Procuraremos con nuestros recursos ganar los hombres de más prestigio de las provincias para poder introducir nuestras influencias en la administración de todas ellas; daremos el tiempo necesario para consolidar su confianza procurando desunirlas y dividir la opinión entre ellas; les haremos sentir la pobreza y en este caso nuestra protección les demostrará que no pueden existir sin nosotros, de este modo quedarán reducidas a un estado de nulidad que es el que nos conviene... el sistema de no establecer restricciones o prohibiciones sobre la importación de efectos extranjeros iguales a los que producen las provincias debemos continuar sosteniéndolo porque de lo contrario nuestras rentas de aduana disminuirán, las provincias prosperarán, no les seremos necesarios y nuestro plan se frustrará." (1).

Otro caudillo federal, gobernador permanente de Entre Ríos, se presenta entonces en lucha, lo derrota en Caseros y tiende a dominar al país consultando los mismos intereses, a favor del más fuerte prestigio surgido del triunfo reciente.

Necesita para sus planes dos factores principales: una república organizada merced a una constitución y una capital federalizada en la ciudad más importante del país. Los acontecimientos no le son fieles. Buenos Aires se le subleva y le vence en Pavón. La capital es rechazada por las provincias y por la de Buenos Aires. Es sin duda un problema dominante, así lo afirman los contemporáneos.

¿Qué se innovó después de la batalla de Pavón?, pregunta el Dr. Tristán Achaval. Nada absolutamente. Estaban abiertos todos los ríos.

"¿En vista de qué interés se dió la batalla de Pavón? ¿Qué se cambió? ¿Se cambió acaso la Constitución? ¿Se innovó el acuerdo de San Nicolás? Nada absolutamente. Lo único que se cambió fué el local de la residencia de las autoridades nacionales.

"Entonces, pues, la batalla de Pavón tuvo por objeto hacer residir aquí las autoridades nacionales."

"He aquí cómo la cuestión Capital viene a ligarse con las dos tendencias en lucha." (2). (Continuaremos en otro artículo).

J U A N   L A Z A R T E

ROOSEVELT

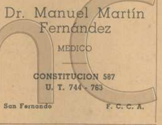
Por su innegable y profunda repercusión internacional, sobre todo en la post-guerra, y en la inminencia del triunfo aliado, la imprevista noticia de la muerte de Franklin D. Roosevelt cundió dolorosamente en el mundo entero.

A punto de salir este número, la tiranía del espacio nos impide relevar como desearíamos a este figura íntegra y sincera de la democracia progresista, gran espíritu liberal, cuyas virtudes personales, clara visión política y poderosa inteligencia, a la vez idealista y práctica, hacen lamentar más aún su muerte, que tendrá alcances incalculables sobre la tan ansiada paz del mundo.

Discípulo del creador de los 14 puntos que se estrellaron en Versailles contra los intereses creados europeos y el aislacionismo fomentado por la corte dorada de Walt Street, el ya presidente Roosevelt siguió la línea de Wilson, pero con aplicación más realista, y la aplicó en América con amplios fines internacionales, en su política de "buena vecindad", que él inauguró, política que si no es el interamericanismo que los pueblos desean, es por lo menos una evidente evolución hacia el interamericanismo, hasta entonces anquilosado por el monroismo.

Su gran reforma económica del NEW DEAL, anulación parcial (y no total, y no le hubiera sido posible de otro modo) del "liberalismo económico" que había alcanzado a sus extremos antes de la gran crisis de 1931, significó para Estados Unidos poder afrontar con éxito la débacle financiera y la intensa desocupación, causadas por el agio desorbitante, el proteccionismo absorbente de las trabas aduaneras y la desvalorización del dólar. El NEW DEAL representó una verdadera reforma revolucionaria dentro del régimen capitalista mismo.

Situados en un plano ideológico en mucho distinto, en horas amargas y contradictorias para el mundo expuesto a un neo-fascismo que busca ocupar el lugar del totalitarismo en derrota, es nuestro deber moral, frente a la muerte de Roosevelt, valorizar su personalidad como político y como hombre, que buscó al menos superar la democracia dentro de la democracia misma, en un plano progresivo y con la honda sinceridad de quien sigue el dictamen de su conciencia.



COOPERE CON NUESTRA REVISTA

HAGASE SUSCRIPTOR O RENUEVE SU SUSCRIPCION

Arte - Arte - Arte
Unica Revista de Plástica Argentina
Pídala en librerías, puestos de venta y en la administración
LA COMUNA 3127 — U. T. 59-8443
EL EJEMPLAR 0.50 ctvs.
Arte - Arte - Arte

Dr. Edgardo Casella
ODONTOLOGO
Especialmente cirugía dento maxilar
Consultas:
CALLAO 433 — Piso 2°.
U. T. 35 — 5187
Martes, jueves y sábados de 15 a 19 horas
Avda. DIRECTORIO 2848
U. T. 63 — 7936
Lunes, miércoles y viernes de 15 a 20 horas

Dr. Enrique U. Corona Martínez
ABOGADO
LAVALLE 1268
U. T. 35, Libertad 3853

R. LOTITO
GIMNASIA MEDICA - MASAJES
Días: Martes, Jueves y Sábados
COSTA RICA 4418
— U. T. 72 - 4348 —

Dr. Manuel Martín Fernández
MEDICO
CONSTITUCION 587
U. T. 744 - 763
San Fernando F. C. C. A.

Eva Vivé de García
PARTERA
Consultas todos los días de 14 a 20 horas:
JUJUY 1240 :: U. T. 45-4009

ACADEMIA DE CHOFERES "LAMELA"


MANEJO - TECNICA y REGISTRO, $ 50.—
Rapidez - Facilidades
AUTOS PARA EXAMEN
DIAZ VELEZ 4772
U. T. 60-7948 y 0103

Dr. JUAN LAZARTE
MEDICO
SAN GENARO F. C. C. C.

Dr. LEON ARENDAR
MEDICO
PAVON 3700
U. T. Lanús 241-108
LANUS F. C. S.

FERRETERIA
"EL PINCEL"
DEL MEDICO Hnos.
Presenta la mejor variedad en papeles pintados
IMPORTACION DIRECTA
RIVADAVIA 5712
Unión Telefónica 60 - 3024

"CASA ARIAS"
de ARIAS y RODRIGUEZ
Gran fábrica mecánica de pastas alimenticias y confitería
MAYO esquina MENDOZA - Teléf. 2145 - (CORRIENTES)

UN HOGAR PARA NATURISTAS
Alimentación compatible
Clima seco y benigno durante todo el año
Alvaro Pamies. -- Granja Iris
LA CUMBRE CORDOBA

HOMBRE DE AMÉRICA

FUERTE Y LIBRE

AÑO VI — ABRIL DE 1945 — Nº 26

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 133661

NOMINA DE COLABORADORES

POR ORDEN ALFABETICO

Paco Aguilar — Miguel Angel Angueira — Germán Arciniegas (Colombia).

Montiel Ballesteros (Uruguay) — Julio R. Barcos — Leónidas Barletta — José Basiglio Agosti — Prof. Francisco C. Bendicente — Ing. Carlos Bianchi — Aurora Bogú — Herminia Brumana — Marta Brunet — Antonio J. Bucich.

Dr. Edgardo Casella — Ernesto L. Castro — Ernesto Castany — Oscar Cerruto — Dr. Florencio Charola — Justino Cornejo (Ecuador) — Dr. Enrique Corona Martínez — Olga Cossettini — Dardo Cúneo.

Carlos de Baraibár — A. Díaz Urrieta — Serafín Delmar.

Luce Fabbri (Uruguay) — Oscar Falchetti — Luis Fernández Zárate — Waldo Frank (E. Unidos) — Dr. Emilio Frugoni.

Gerardo Gallegos (Cuba) — Dr. Rafael Grinfeld — Gilberto González y Contreras (Cuba).

Víctor Raúl Haya de la Torre (Perú) — Jorge Hess — Josua Hochstein (Estados Unidos).

Dr. Juan Lazarte — Layle Lane (Estados Unidos) — Dr. Enrique Loedel Palumbo — Alfonso Longuet.

Dr. Manuel Martín Fernández — Mauricio Magdaleno (México) — Ing. Jacobo Maguid — Alberto Maritano — Aurelio Martínez (Perú) — Ing. Aquiles Martínez Civelli — Félix Molina Téllez.

Dr. Jorge F. Nicolai (Chile).

Dr. Isidro J. Odena — Juan G. Olmedilla — Luis Orsetti — Angel Ossorio.

Lucila Palacios (Venezuela) — Armando Panizza — María Luisa Petettin — Magda Portal — Enrique Portugal — Jacobo Prince.

Eugen Relgis (Rumania) — José Riera (Bolivia) — Octavio Rivas Rooney — Horacio E. Roqué.

Dr. L. Sack — Dr. Alberto Sagastume Berra — Diego Abad de Santillán — Dr. Jaime Scolnik — S. Fanny Simon (Estados Unidos) — Dr. Joao da Souza Ferraz (Brasil) — Juan Antonio Solari — Agustín Souchy (México).

Andrés Townsend Escurra — Jacinto Toryho — Prof. Víctor Troncoso (Chile) — Ricardo Tudela.

Abraham Valdez (Bolivia) — Rafael Heliodoro Valle (México) — A. Vázquez Escalante — Arturo Vilches — Dr. Elemer von Karman.

Alvaro Yunque.

ILUSTRADORES

Rodrigo Bonome — Camblor — Carybe — Gustavo Cochet — Manuel Eichelbaum — Enrique Fernández Chelo — José Antonio Ginzo — Emma Jauch — Kras — Aniano Lisa — Maruja Mallo — Pedro Olmos — José Planas — Francisco A. de Santo — Demetrio Urruchúa — Antonio Berni.

Dirección: A. CUPIT

Redacción y Administración
ALSINA 736
BUENOS AIRES

Toda la correspondencia debe ser dirigida a nombre de A. CUPIT. Giros y toda clase de valores a VICENTE CASADO

Suscripción anual:
ARGENTINA: $ 3.50
EXTERIOR: 1 dólar
Ejemplar: 30 centavos
Exterior: 0.10 dólar

La responsabilidad de los conceptos e ideas expuestos en los trabajos firmados que se publican incumbe exclusivamente a sus autores. El Comité de Dirección, de acuerdo con el criterio enunciado en la Declaración inicial, no ejerce censura previa sobre las colaboraciones, ni aun en las secciones fijas, a cargo de redactores permanentes. Por tanto, declara que en ningún caso ellas implican una opinión oficial de HOMBRE DE AMERICA.

Se autoriza la reproducción parcial o total de los trabajos publicados, con la mención siguiente: "De la revista HOMBRE DE AMERICA".



Impreso en Argentina
Printed in Argentina